



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN**

CULTURA: MONUMENTOS DE LA IDENTIDAD HUMANA

TESIS Y EXAMEN PROFESIONAL

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA:
LAURA ANAID SIERRA FAJARDO**

**ASESOR:
DR. JOSÉ ALEJANDRO SALCEDO AQUINO**

Mayo 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*De noche me mata el frío
de madrugada el sereno
¿Cuándo yo tendré lo mío
para no desear lo ajeno?*

*¿Quién dice que no se goza
con gusto lo que es ajeno?
que sabiéndolo gozar
se goza mejor que el dueño*

*Yo quisiera y no quisiera
y no sé si usted querrá
que mochara su pañuelo
y me diera la mitad...*

*El Ahualulco
Son jarocho*

RECONOCIMIENTOS

El presente trabajo de tesis es el resultado de una investigación iniciada en el “Seminario de Filosofía de la Cultura” incluido en el plan de estudios 2006 de la carrera de Filosofía de la UNAM en la FES Acatlán impartido por el Dr. Alejandro Salcedo Aquino a quien doy mis más sinceros agradecimientos por conducirme en el campo de la investigación de una manera tan estimulante y amena. También doy gracias a mis compañeros de seminario por sus valiosos comentarios a mis trabajos expuestos durante las sesiones de clase.

Por otro lado, quiero agradecer al *Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica* (PAPIIT) por las dos becas que me fueron otorgadas para la conclusión de mis estudios y para la elaboración de la presente tesis dentro de mi participación en el Proyecto PAPIIT IN 403809 “Política y valores en las relaciones interculturales” cuyas actividades han sido realizadas en las instalaciones de la Unidad de Investigación Multidisciplinaria y dirigidas por el Dr. Raúl Alcalá Campos a quién extiendo a nivel de lo personal mis agradecimientos por sus valiosos comentarios a mi trabajo y por su apoyo ya que es un vivo ejemplo de verdadera comunidad y solidaridad entre las personas que formamos parte de esta casa de estudios más allá de las fronteras arbitrarias de las academias.

Por último, sin dejar del lado el ámbito personal doy gracias a mi madre Laura Fajardo y a los Valencia Missett por su apoyo incondicional en todos los ámbitos de mi vida y en especial a Armando Valencia y a Irwin Aguilar.

ÍNDICE

Introducción general.....	1
1. Problemas en la definición de <cultura>: hacia una noción basada en la identidad.....	10
1.1 Diferentes perspectivas de la cultura en el discurso filosófico.....	13
1.1.1 Definición etimológica.....	14
1.1.2 Concepción clásica.....	16
1.1.3 Concepción descriptiva.....	17
1.1.4 Concepción simbólica.....	19
1.1.5 Concepción estructural.....	22
1.2 La noción de paradigma en el estudio de la cultura.....	23
1.3 Concreción del término cultura: la dimensión cultural.....	27
1.4 Problemas actuales en la concreción del término cultura: multiculturalismo y “cultura” global.....	32
1.5 Balance crítico.....	42
2. Noción de identidad desde la diversidad humana.....	44
2.1 Noción de identidad en el discurso filosófico.....	46
2.1.1 Noción de Luis Villoro.....	49
2.1.2 Noción de Manuel Castells.....	54
2.1.3 Noción de Mohanty.....	58
2.2 Noción de cultura desde la perspectiva de la identidad.....	61
2.3 Balance crítico.....	63

3. Los senderos de la identidad: interculturalidad o guerra de identidades.....	68
3.1 La identidad cultural: símbolo de la identidad humana.....	71
3.2 La identidad en el proceso comunicativo.....	75
3.3 La otra cara de la identidad: la industria cultural.....	80
3.4 La identidad cultural como identidad humana.....	85
4. interculturalidad: derrumbe y construcción de monumentos de la identidad humana.....	89
4.1 Liberalismo y comunitarismo: ¿modelos a seguir o perspectivas que cambiar?.....	92
4.1.1 El liberalismo.....	93
4.1.2 El comunitarismo.....	95
4.1.3 Balance crítico de ambas posturas.....	97
Consideraciones finales.....	101
Bibliografía.....	108

INTRODUCCIÓN GENERAL

Contexto, delimitación y enfoque

El desarrollo de la industria, la creciente globalización económica y la homogeneización cultural y política de cierta manera ha encerrado al ser humano en los límites su propia creación. Esos bosques metálicos llamados ciudades cuyos únicos sonidos son alaridos de máquinas que parecieran invocar una y otra vez el progreso oscureciendo con sus nubes de humo el rostro de los *otros* y la propia cara de la naturaleza nos condenan a un ensimismamiento y a una mirada superficial de nuestra propia realidad. La proyección del rostro del *otro* solamente estimula nuestro sentido visual pero al hacer un juicio de valor sobre esa proyección el rostro del *otro* termina siendo un simple reflejo en el espejo de la “igualdad” una igualdad producto de un juicio prematuro. Quizá si nuestra mirada fuera más allá de las fumarolas del progreso podríamos ver que incluso culturas cuyo modo de vida preindustrial que nos causa tanta incomodidad es valiosa tanto o más que la nuestra.

En nuestros tiempos, el problema de la diversidad es abordado desde distintos campos del saber como la filosofía, la política, la antropología, etc, aunque en general ha obtenido el nombre de “multiculturalismo” ya sea que surja como propuesta normativa o como un concepto explicativo de un hecho inminente. Para fines prácticos en este trabajo llamaré “multiculturalidad” al estado de hecho y “multiculturalismo” a las teorías o propuestas normativas. Entonces, si hablamos del estado de hecho, es decir de la multiculturalidad, vemos que en realidad nadie

es totalmente ciego respecto a la diversidad humana sino que este interés, que cobra cada vez más seguidores, radica en la interpretación de ese hecho, los juicios de valor que se hacen acerca de él y sus consecuencias prácticas para nuestras vidas.

El hecho de la existencia de la diversidad humana por sí mismo no es un problema. ¿Dónde surge entonces la idea de que es un problema?, ¿cuáles son los problemas específicos que la diversidad humana provoca? Para responder estas preguntas bien podríamos remontarnos a hechos de nuestra propia historia. Por ejemplo, es sabido que en el territorio de lo que hoy conocemos como México, antes de la conquista española existía gran diversidad de culturas manteniendo ciertas relaciones y pese a la dominación del imperio azteca sobre otros pueblos, como los tlaxcaltecas, esas culturas se desarrollaban bajo sus propias creencias. La dominación se daba en un plano digamos económico y no implicaba, o al menos no era su objetivo principal, una imposición de prácticas culturales, al contrario ciertas prácticas, sobre todo las religiosas, eran incluso compartidas y apropiadas. Pero con la llegada de los españoles todo cambió. No eran realmente ciegos a las diferencias eso es evidente en diversos relatos de la época pero la proyección de los valores propios en las acciones de los otros y los diferentes intereses de cada cultura desembocaron en la dominación y colonización del territorio por parte de los vencedores: los españoles. La diferencia entre este choque cultural con la convivencia interior de las culturas establecidas y dominadas por el imperio azteca es que ahora sí implicaba una imposición cultural y por ende, la desvalorización del modo de vida de los pueblos indios. Los

españoles no sólo querían el oro querían difundir su fe católica, querían evangelizar a los indios.

Como podemos apreciar en este ejemplo y en muchos otros que puede ofrecernos la historia, la condición de la diferencia cultural sólo se convierte en un problema cuando hay disputa de bienes o territorio, etnocentrismo o por la simple barrera comunicativa existente entre ambos mundos simbólicos, lo que provoca el más grave y fundador de todos los demás problemas: la falta de reconocimiento recíproco o como diría Todorov la imposibilidad de descubrir la subjetividad del otro¹.

En la actualidad, el problema sin duda se inscribe bajo un contexto muy diferente: la crisis de los Estados modernos sobre todo en países con una diversidad cultural tan grande como México. La instauración de un Estado Moderno cuyas bases son la soberanía y la democracia que pretenden igualar a todos los individuos frente a un sistema jurídico formal otorgándoles el impersonal apelativo de “ciudadanos”, ha puesto en crisis los diversos aspectos de la vida humana y su reproducción, resumidos bajo el término general de cultura².

En México la crisis del Estado y las luchas armadas por el reconocimiento y la autonomía de los pueblos ha logrado que se haga un reconocimiento explícito en el artículo 2do de nuestra constitución que declara a México como un país

¹ Véase Tzvetan Todorov, *La conquista de América*, Siglo XXI, México, 1987. La imposibilidad de descubrir la subjetividad en medio de guerras simbólicas será un tema desarrollado a lo largo del libro por lo cual no se da una página en especial como referencia. También puede consultarse Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, Siglo XXI, México, 1989 donde el autor amplía el tema de la subjetividad desde el conflicto epistémico entre universalismo y relativismo.

² Resulta un tanto arbitrario llamar cultura a cualquier forma de vida social por lo cual el primer capítulo estará destinado precisamente a explicar con mayor amplitud la clase de objetos o situaciones a las cuales refiere el término cultura para este trabajo.

pluricultural pero en contradicción, desde nuestra propia legalidad y por decreto ya no hay “indígenas” no hay huicholes ni mayas sólo hay “ciudadanos mexicanos”. Es precisamente en estos casos, desde “nimiedades” simbólicas donde mejor advertimos que este tipo de reconocimiento de la diversidad cultural es insuficiente e incluso perjudicial, pues oculta las injusticias sociales y culturales que sufren diversos grupos oprimidos aunque se escriba y se difunda que todos somos iguales y tenemos los mismos derechos como ciudadanos.

El conflicto que surge con el término ciudadano aplicado a todo ser nacido en territorio mexicano no sólo remite a un problema de reconocimiento en el ámbito simbólico también toca los terrenos de la justicia social y cultural y precisamente tomando nota de la amplitud de este problema mi investigación estará centrada en cuanto a los problemas simbólicos o en otras palabras al problema del reconocimiento efectivo de la diversidad cultural desde la construcción y utilización de los términos en el discurso de la diversidad.

Para ello claro está que es necesario remitirnos a las propuestas del multiculturalismo aunque no por ello tratarlas exhaustivamente ya que considero que la mayoría de ellas apuntan, aunque no necesariamente de manera explícita, a la inclusión de grupos minoritarios³ en un Estado, sin embargo, aunque el Estado ya no sea homogéneo sino plural, como proponen algunos, el problema de reconocimiento no esta siendo tratado desde lo básico que yace en el plano de lo simbólico y los términos de uso cotidiano que es donde comenzamos, de alguna manera, a construir nuestras interpretaciones de la realidad, el problema es

³ La nominación de estas identidades culturales como “grupos minoritarios” no remite a la cantidad sino a la cualidad. Son minoritarios en el sentido de acceso al poder y la dominación

abordado desde las arbitrarias fronteras de la política. Si bien es importante conocer y entender estas propuestas normativas es igual o más importante entender el problema desde sus raíces por lo cual no trataré la pertinencia o no de un Estado plural o de otra índole y me enfocaré principalmente en la construcción de los términos cultura e identidad para alumbrar un poco el camino empedrado de la interpretación del problema de la diversidad humana en tiempos de globalización ya que como sostiene Benhabib el problema de fondo es que <<la integración global avanza al mismo tiempo que la desintegración sociocultural>>⁴ que es en todo caso el reflejo, precisamente, de esas crisis de los Estados modernos y lo que un reconocimiento efectivo de la diversidad humana, en lo tocante a la identidad cultural, puede ayudar a evitar desde los estratos más comunes de la vida cotidiana.

Proyección de la investigación, objetivos y supuestos filosóficos

Enmarcado en este contexto, la crisis de los Estados modernos y la demanda de reconocimiento y autonomía por grupos culturales oprimidos, la investigación sobre la diversidad humana toma un rumbo un poco más claro: el reconocimiento de la diversidad humana apunta al reconocimiento de identidades culturales diferenciadas, aunque no concebidas como totalidades cerradas, lo cual es

⁴ Seyla Benhabib, *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*, Katz editores, Buenos Aires, 2006, p.8.

sumamente importante para el pleno reconocimiento de las identidades culturales como identidades humanas no escindidas unas de otras⁵.

En este caso como lo he mencionado abordaré algunas propuestas multiculturalistas sin agotar la investigación en ellas ya que lo primordial es indagar sobre los supuestos filosóficos que subyacen al propio reconocimiento por lo cual es necesario remitirnos a lo básico y preguntarnos cómo entendemos la identidad y la cultura que en todo caso en un ámbito simbólico es lo que está en juego. Estas propuestas serán abordadas simplemente como complementarias para el análisis de cualquier tipo de concepción de identidad cultural como identidad humana y los problemas que pueden solucionar y los que no.

El camino de esta tesis será el siguiente: partir del estado de multiculturalidad como generador de ciertos choques entre culturas que conviven en un mismo territorio reconocido como país a nivel internacional y sometidos a ciertas pautas impuestas por un Estado homogeneizante para replantear la cuestión sobre la necesidad de poseer una identidad humana y cultural como cimientos para la plena realización individual y comunitaria, pregunta que obviamente se encuentra en el fondo de la discusión de cualquier propuesta multiculturalista, ya sea en su defensa o en su ataque.

Las preguntas entonces que deberán ser tratadas en esta investigación serán ¿la cultura es necesaria para la plena realización de la vida humana?, y si la respuesta es afirmativa preguntarnos también ¿qué necesidad satisface y por qué es tan necesaria en la era global? Por otro lado, podemos enunciar dos objetivos

⁵ Al respecto de esta “Falacia holística” consúltese una interesante observación a las propuestas multiculturalistas de Charles Taylor y Will Kimlicka en Seyla Benhabib, *op.cit.*, capítulo 3.

primordiales. Por un lado, sostenemos lo provechoso que puede resultar la diversidad cultural para el desarrollo de la identidad humana. Cabe mencionar que aunque no es un objetivo que persiga esta propuesta puede desembocar en sostener que un Estado homogéneo resulta sumamente perjudicial como forma política de administrar e integrar una nación y que, sin embargo, dejo abierta la discusión sobre la pertinencia de un Estado plural. Por ahora nos limitamos a señalar algo básico para el entendimiento de la problemática del reconocimiento de la diversidad humana: la identidad cultural diversa como parte fundamental de la identidad humana. Por otro lado, un poco para probar esta teoría de lo perjudicial que resulta un reconocimiento insuficiente de la diversidad cultural en medio de la crisis de los Estados modernos y un poco para reflexionar de manera global sobre la propia identidad humana pretendemos tratar algunos problemas que ponen en riesgo la propia diversidad cultural tales como el proceso de globalización y homogeneización como un problema de desintegración sociocultural, así como también el problema moderno del engaño de “masas” por parte de la industria cultural.

Para el pleno agotamiento de estos objetivos he dispuesto del siguiente orden expositivo:

En el primer capítulo se abordarán diferentes concepciones del término cultura con el fin de ofrecer una base sólida a la idea de que la cultura no sólo forma parte fundamental de la conformación identitaria tanto a nivel individual como colectivo sino también como un criterio evaluativo de los productos humanos. Aunque cabe señalar que por falta de razones válidas no hago una identificación o equivalencia

de identidad cultural como identidad humana sino sólo menciono que la identidad cultural es fundamental para la formación y desarrollo de la identidad humana y que la cultura en gran parte satisface la necesidad de conformar una identidad.

En el 2do capítulo abordaré el término identidad desde diversos enfoques principalmente el filosófico, con el fin de relacionar el problema de la diversidad cultural y la homogeneización con la necesidad de identidad, también como base para la construcción de una noción de cultura basado en la identidad. Por otro lado, también se tratará un acercamiento a los problemas que suscita esta noción y que se desarrollarán ampliamente en el capítulo tres.

En el 3er capítulo titulado *Los senderos de la identidad: interculturalidad o guerra de identidades* tiene como objetivo dar un esbozo de la función que tiene en el imaginario social la identidad, la cual puede tomar al menos dos caminos. El primero, remite a la comprensión y respeto de las diversas identidades culturales por medio de un reconocimiento efectivo, y el segundo a la posibilidad de que este término sea tomado de forma acrítica y se defiendan aspectos como el racismo y los nacionalismos respaldándose en la superioridad de una identidad sobre otra. Por otro lado, se hace mención a un fenómeno relativamente nuevo que está afectando al mundo entero a partir de la era de la modernidad industrial. Este problema es el llamado por Adorno y Horkheimer “la industria cultural” donde se utiliza de alguna forma la identidad cultural como dominio de masas, es decir, se hace pasar un interés comercial por uno cultural, engañando a los individuos y fomentando la discriminación de los grupos identitarios y culturales minoritarios y fomentando la enajenación del consumismo.

En el último capítulo pretendo hacer un balance crítico sobre algunas propuestas del multiculturalismo ya que en las últimas décadas han cobrado gran importancia dentro del estudio de la diversidad humana. La intención es mostrar que más allá de abogar por un Estado plural o proponer una inclusión de grupos minoritarios a un Estado debemos abogar por un reconocimiento efectivo en los estratos más cotidianos de la vida.

Por último debo aclarar el objetivo de optar por un título metafórico como el de “Cultura: monumentos de la identidad humana” en vez de un título más formal. La razón es que pienso que aborda de manera sintética e ilustrativa la propuesta que aquí defiendo así como también enuncia su propia crítica. Por un lado, ilustra la idea de que la cultura se gesta y se erige a la manera de los monumentos, que sirven tanto para encarnar la identidad de una cultura y preservarla pero, por otro lado, muestran la idea de su petrificación y exaltación acrítica, por lo cual también pueden ser objetos de crítica e incluso remite a la idea de que sus ruinas pueden ayudarnos a mejorar nuestra forma de vivir fertilizando el campo de nuestro conocimiento, ganando terreno así a la ignorancia que es la madre de la intolerancia.

Capítulo I

PROBLEMAS EN LA DEFINICIÓN DE CULTURA: HACIA UNA NOCIÓN BASADA EN LA IDENTIDAD

*“Lo conocido, de tan conocido
resulta no ser reconocido”
Hegel*

Un tema que ha cobrado gran importancia en las últimas décadas y cuyas raíces están arraigadas a casi los albores de la existencia del ser humano es la diversidad humana y esta imposibilidad de captación de la subjetividad de los llamados *otros*. ¿Quiénes son los *otros*? ¿son *nuestros otros*? El *otro*, por generalidad es aquel diferente de mí y lo que lo hace diferente de mí, al parecer, es su cultura. Pero como veremos a lo largo de este capítulo, la polivalencia y generalidad del término “cultura” no son fáciles de esquivar en un discurso sobre el reconocimiento de la diferencia por lo cual nos vemos obligados a hacer un recorrido sobre sus diferentes acepciones para poder referirnos posteriormente con mayor puntualidad a los problemas del multiculturalismo como propuestas normativas que pretenden dar solución a los problemas actuales de la diversidad humana que se circunscriben a la crisis de los Estados modernos.

Este recorrido se hace con el fin de marcar que quizá la generalidad de la palabra cultura es lo que ha acrecentado el problema del reconocimiento de identidades oprimidas pues al no poder ser catalogadas como culturas, por ejemplo el feminismo, llegan a no ser reconocidas e incluso discriminadas. Claro que con esto no quiero decir que deban considerarse como culturas sino que la

defensa de la diferencia cultural no debe apuntar a defender este derecho cometiendo injusticias a minorías de otra índole ya que el reconocimiento también va acompañado de justicia social. Por otro lado, puede sernos de gran utilidad para que no se entienda que cultura es simplemente el “alimento del alma” al margen de los procesos de reproducción social sino que se reconozca que cultura remite a un mundo simbólico anclado a la realidad y que provee de sentido la vida humana.

Otra justificación que me parece válida para realizar este recorrido es que como ha hecho ver Salcedo⁶ un problema no superfluo en los conflictos culturales dentro de sociedades modernas multiculturales es el hecho de no tener precisión clara en los términos o conceptos utilizados en el discurso sobre la diversidad humana. La tarea de la filosofía radica precisamente en este esfuerzo por estructurar de alguna manera nuestro pensar en el lenguaje y más de un filósofo ha dado cuenta de ello: parte de la solución de los problemas radica en nuestra forma de referirnos a ellos. En este caso, la palabra puede ser un recurso importante para esclarecer cuáles son los problemas centrales de los conflictos de la diversidad cultural, y por ende, apuntar a nuevas soluciones más eficaces y menos feroces que nos conduzcan al reconocimiento recíproco.

Esta cuestión de la diversidad humana a la que se han dedicado muchísimas páginas hunde sus raíces en la propia condición humana. En su condición de trascender a su determinación natural y a sus propias circunstancias, el ser

⁶ Alejandro Salcedo, *Multiculturalismo. Orientaciones filosóficas para una argumentación pluralista*, Plaza y Valdés-ENEP Acatlán, UNAM, México, 2001, p.18.

humano construye en comunidad su identidad de muchas formas dando vida a diversas expresiones culturales.

Sin embargo, cuando utilizamos la palabra cultura, no siempre nos remitimos a algo específico, quizá en parte porque pertenecemos a dimensiones culturales muy distintas entre sí. Incluso en la actualidad existen serias discusiones sobre admitir como culturas a diversos grupos sociales como el movimiento gay o las llamadas subculturas. Desde una perspectiva muy superficial y generalizada, en el imaginario colectivo de sociedades modernas suele entenderse como cultura a toda creación hecha por el ser humano. También desde este punto de vista solemos llamar culturas a comunidades con formas de vida y creaciones muy distintas. Ante este laberinto de significados cabría preguntarnos ¿qué es aquello llamado cultura cuando se es un ermitaño o un ciudadano del mundo? ¿Qué sentido tiene hablar de cultura? ¿En qué nos puede ayudar esclarecer este término en la problemática de la diversidad humana y la crisis de los Estados modernos?

Desde esta perspectiva podemos explorar la concepción de cultura como reflejo de la identidad humana y de alguna manera como un criterio evaluativo para reflexionar sobre nuestras propias creaciones y sus consecuencias. Tal vez si arribamos a ello desde nuestra propia concepción de cultura el reconocimiento de las identidades culturales entre sí sea mucho más fácil de lograr ya que podemos ver que nuestra identidad cultural es precisamente parte de nuestra identidad humana.

Para lograr este cometido, que de ninguna manera es fácil ni pretendo decir la última palabra, se abordarán a continuación diferentes perspectivas de la cultura en el discurso filosófico para poder mostrar, con base en una indagación sobre la definición de la palabra “cultura”, que las expresiones culturales en conjunto son fundamentales para la concepción misma de lo humano, para derrumbar o construir el rostro mismo de la humanidad. La idea es que tengamos más cuidado en el discurso de la diversidad al utilizar la palabra cultura y que seamos capaces de diferenciar los contextos de su enunciación lo cual es equivalente a hacer consciente la influencia que nos ha llegado hasta estos días por medio del lenguaje respecto al significado de la cultura.

Lo anterior encaminará la investigación a una nueva noción de cultura donde se pueda incluir en su discurso la idea de identidad cultural como dimensión y unidad de sentido donde yace la misma identidad del ser humano. Por otro lado, también se podrá ver de manera más clara que la cultura cumple con un cometido obligatorio para todo productor de ella: ser un criterio evaluativo de la misma identidad humana.

1.1 Diferentes perspectivas de la cultura en el discurso filosófico

“Cultura” es un término cuyo referente empírico no está del todo claro, esto no resulta ninguna novedad si tenemos en cuenta que es un término que aunque tiene cierta antigüedad, su uso en el ámbito científico tiene poco más de un siglo con el nacimiento de las ciencias sociales. No obstante, la palabra <cultura> como una construcción lingüística del ser humano posee un significado específico que

se transforma según su uso y los diferentes escenarios en las que toma parte, incluso también por traspasar las fronteras entre idiomas, es decir, por su traducción.

¿Cuál es la historia de este término tan usado en las casi recién nacidas ciencias sociales y qué aporta a nuestra investigación sobre la diversidad humana? Esta será la pregunta que servirá de brújula para este apartado, nuestro destino será disolver su excesiva generalidad para darle una concreción que nos ayude a alumbrar el problema que habíamos planteado al principio de este trabajo: la diversidad humana y sus problemas de reconocimiento actuales.

1.1.1 Definición etimológica

En primer lugar podemos apuntar que en nuestro idioma, el castellano, una lengua romance, <cultura> es un vocablo cuya raíz etimológica se encuentra arraigada al latín y su historia se remonta hasta los tiempos del imperio romano donde el término *colare*, que llega al español como *cultura*, se utilizaba para designar las actividades agrícolas y por analogía se asociaba a las actividades de preservación cultivo y cuidado humano, de ahí que la agricultura formara parte de sus actividades culturales por excelencia. Por nuestro lado, encontramos en diversos diccionarios de la lengua española definiciones que aún muestran esta connotación, por ejemplo: Cultura significa <<cultivo, crianza, conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico>>⁷; mientras que en un diccionario filosófico encontramos algo similar: cultura es <<un cultivo de

⁷ *Diccionario de la lengua española*, Tomo IV, 22edición, Espasa, Barcelona, 2001, p.483.

capacidades humanas, (...) es el resultado del ejercicio de estas capacidades según ciertas normas (...)>>⁸

Como podemos apreciar en ambos casos la cultura refiere a un tipo de cultivo humano ya sea de capacidades o de hábitos educativos sugiriéndonos, desde su limitada concepción, poner atención en palabras clave que son indispensables para una primera impresión de la noción de cultura y que al mismo tiempo podemos percibir en el lenguaje cotidiano.

Una de ellas es “cultivo” y por otra parte tenemos la palabra “crianza” la cual presupone una forma de educación “humana” diferente a la domesticación y que bien puede referirse a un proceso de formación específicamente humana referida explícitamente a una forma de crianza, ya sea de individuos o de valores, entendidos como pautas autoconstitutivas. También tenemos que cultura es el conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico. Esta parte parece ser la más provechosa en cuanto a la definición etimológica, ya que ella toma en cuenta que la cultura sirve como punto de partida para desarrollar en el ser humano sus capacidades y con ello su propia facultad de juzgar, un aspecto que forma parte medular de su identidad y, aunque es una alegoría bien nos puede ofrecer una imagen y una vaga intuición de porqué llamamos a algo cultura en la actualidad.

Lo que resulta insuficiente es que su excesiva generalidad y carácter alegórico no abunda en detalles descriptivos por lo cual es necesario complementar esta definición. A continuación presento un breve pero valioso resumen de algunas

⁸ José Ferrater Mora., *Diccionario de filosofía*, Tomo I, Alianza, Madrid, 1979, p.698.

connotaciones que se le han dado al término *Cultura* siguiendo a Alejandro Salcedo desde una perspectiva filosófica⁹.

1.1.2 Concepción clásica

Teniendo en cuenta la raíz etimológica de la palabra cultura, este término ingresó a las ciencias sociales desde distintas perspectivas como bien apunta A. Salcedo. La concepción clásica del término cultura, formulada a finales del s.XVIII y principios del s.XIX por filósofos e historiadores alemanes como Herder, está inmersa en la mentalidad moderna de la ilustración europea y en el apogeo del romanticismo alemán.

Esta sostiene de manera general que la cultura es un proceso, el cual tiene como finalidad desarrollar las facultades humanas, es decir, que las producciones artísticas e intelectuales sirven para delinear la personalidad de una cultura o pueblo, lo cual remite a la idea de valores superiores cultivados por los intelectuales y artistas. Esta concepción también permea nuestra concepción actual. Por ejemplo, cuando decimos que alguien es “culto” refiriéndonos a su conocimiento sobre el arte. Sin embargo, esta concepción no pudo mantener su vigencia por mucho tiempo debido a la limitación de su definición además de la introducción de una nueva disciplina al campo del conocimiento, la antropología, la cual tiene como una de sus tareas principales la búsqueda de la identidad humana mediante las tareas de descripción etnográfica, entre otras metodologías.

⁹ Cfr. Alejandro Salcedo, *Cultura. Paradigmas y significados*, UNAM, México, 2004. De aquí en adelante me referiré a las concepciones de cultura abordadas por Salcedo para la construcción de la noción de cultura basado en la identidad.

Cabe destacar que esta concepción, propia de la mentalidad moderna, está inmersa en una mera generalización de rasgos particulares de una cultura determinada apuntando a la superioridad de una forma de vida “cultura” e “intelectual” dejando de lado las prácticas culturales de ciertas clases sociales, y de eso da cuenta la entonces nacida antropología, por lo cual pierde en gran parte su validez.

Lo que resulta valioso de esta concepción es que gracias al romanticismo de la época es posible distinguir entre cultura y civilización y permite ver que la cultura es un mundo simbólico que provee de significado la vida humana mientras que la civilización se refiere a prácticas materiales que no reflejan individualidad sino un modo de vida basado en la industrialización y el modo de vida del capitalismo burgués.

1.1.3 Concepción descriptiva

Esta concepción, retomando aspectos particulares esbozados de manera general por la concepción clásica se rastrea desde el s. XIX en historiadores como Gustav Klemm, quien se dedicó a describir las prácticas culturales de sociedades no europeas para dar cuenta del desarrollo de la humanidad. Su trabajo fue conocido por el antropólogo Edward B. Tylor quien apuntaba que la descripción ayuda a un análisis más pulcro de la cultura, por lo que se sobreentiende que hay un método sistemático para estudiar las diferentes culturas y compararlas entre sí.

De alguna manera podemos afirmar que el paso de la concepción clásica a la concepción descriptiva marca un cambio muy importante en el estudio de la

cultura y la antropología pues nos conduce de la investigación humanística a la científica. El problema con este cambio tan radical es que de alguna manera logra colarse en la investigación la idea de progreso pues esta investigación sistemática de las prácticas culturales mediante la descripción <<...intenta recorrer el desarrollo de la especie humana, con miras a reconstruir los pasos que llevaron del salvajismo a la vida civilizada>>¹⁰. De esta manera se puede ver que tener en mente la idea de progreso en la descripción y comparación de las culturas puede obstaculizar el conocimiento efectivo de una cultura pues no todas ellas mantienen como valiosa la idea de progreso, además de que la cultura no es un objeto de estudio a la manera en la que los fenómenos físicos son el objeto de estudio de la física y no pueden basarse las teorías en meras descripciones de fenómenos. El riesgo que se corre si se sobrevalora la idea de progreso es que podemos inferir la idea de que existe cierta jerarquía entre culturas y que unas son superiores y otras inferiores basándonos en el progreso industrial o tecnológico como indicador de superioridad además de que es ciega a los matices que hacen diferente el concepto de <cultura> al de <civilización> que mencionamos anteriormente.

Por otro lado, esta concepción está basada en meras descripciones y en su afán se olvida de algo muy importante: ¿cómo interpretamos estas descripciones?, ¿es posible realizar descripciones al margen de nuestras propias interpretaciones de los hechos que describimos?

Como podemos ver esta concepción hace un gran aporte a la metodología del estudio de la cultura y la antropología, sin embargo, olvida que la descripción

¹⁰ *Ibid*, p.123.

etnográfica no solamente es susceptible de interpretaciones sino que al hacer descripciones de alguna manera también estamos interpretando la realidad, lo cual nos inserta en el campo de lo simbólico y la búsqueda de sentido.

1.1.4 Concepción simbólica

A pesar de la importancia que tiene para las ciencias sociales el aspecto meramente descriptivo de los fenómenos culturales debemos tomar en cuenta la particularidad de nuestro objeto de estudio: la cultura. La descripción bien puede auxiliarnos en el aspecto informativo pero ¿qué sucede cuando la descripción no da cuenta de las intenciones de ciertas prácticas culturales y nos lleva a una interpretación errónea e incluso a una proyección de nuestros propios valores en las prácticas de los *otros*? Sin duda la descripción en su afán de objetividad deja del lado un aspecto fundamental en el ser humano: el simbolismo. Al respecto y de acuerdo con estudio de Leslie White¹¹, Salcedo¹² apunta que en el estudio sobre la cultura no podía pasar desapercibido este aspecto fundamental del ser humano.

La concepción descriptiva de la cultura, según le parece a Salcedo, se torna vaga, por lo cual, se da un nuevo paso: poner atención en el simbolismo de la vida humana. Basado en el estudio de White, quien define a la cultura como las cosas que dependen del simbolizar, Salcedo nos dirá que este aspecto del simbolismo también debe ser encausado fuera de las abstracciones en el estudio de la cultura, es decir, que del campo de análisis donde se dan conceptos abstractos a aspectos

¹¹ Cfr. Leslie A. White, “El concepto de cultura” en Khan, J.S., *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Anagrama, Barcelona, 1975, p.91.

¹² Alejandro Salcedo, *op.cit.*, p.25.

tangibles por parte de la concepción descriptiva, se ha dado un paso a la interpretación de los simbolismos desde una perspectiva de la concreción de la vida humana; sin embargo, los aspectos menos tangibles que definen a la cultura no logran obtener un lugar claramente definido en una mera descripción.

Por ejemplo, podemos describir en términos empíricos, lo que acontece en la ceremonia del *harakiri*¹³ pero ¿cómo podemos describir por qué sucede?, ¿qué significado tiene?

Tomando en cuenta lo ilustrado en el ejemplo anterior Salcedo expone la idea de Clifford Geertz, quien siguiendo a Weber, explica que la cultura es una urdimbre donde cada hilo, cada aspecto de la cultura pretende una significación e imagen global. No obstante, pese a la gran fuerza que cobra esta concepción ya que no se queda en las descripciones sino que va más allá buscando el sentido, diversos críticos se han percatado de que en ella se dejan de lado asuntos concernientes a las relaciones de poder y conflicto que se dan entre culturas. Es decir, se describe de forma en que se retoma el simbolismo que pretende una práctica y su sentido, con ello ganamos terreno pues comprendemos las relaciones que cohesionan un mundo simbólico específico pero no damos cuenta de las relaciones de conflicto y poder que se pueden dar entre culturas o entre los individuos de una misma cultura.

Siguiendo con el ejemplo de la urdimbre, estaremos de acuerdo en que la concepción simbólica pretende dar cuenta de la intención por la cual se ha tejido la

¹³ El *Harakiri* (腹切) o *seppuku* (腹切り) etimológicamente significa «corte del vientre o sacar las entrañas» y es ritual de “suicidio” japonés por desentrañamiento, éste se rastrea desde épocas remotas aunque en la actualidad en ciertos lugares de Japón se sigue practicando bajo otros contextos.

tela de cierto modo pero no da cuenta de la técnica con la cual se ha tejido que refiere a una concepción estructural que veremos más adelante. Entonces, podemos decir, que la definición de cultura que podemos rastrear en las observaciones de Geertz es que la cultura es una unidad simbólica de sentido de las practicas humanas de un grupo social o como lo concibe Salcedo << (...) “una jerarquía estratificada de estructuras significativas” (...) >>¹⁴

Para ilustrar lo que avanza y en dónde se detiene esta concepción podemos remitirnos a enfrentamiento que se dio en la época de conquista entre españoles e indígenas, después y durante la conquista ganada por los españoles. Interpretes como Sahagún, tejieron la urdimbre cultural de los indígenas de una forma muy diferente a como la hubieran tejido los mismos indígenas, porque sus intereses eran la evangelización y la colonización de ese pueblo, por lo que podemos decir, que la concepción simbólica de la cultura deja de lado estas relaciones de conflicto aunque puede ser una buena herramienta para un primer acercamiento hacia otra cultura e incluso para fundamentar la defensa de la diversidad cultural como parte del simbolismo de la vida humana como veremos más adelante pero no por ello debemos olvidar las relaciones de conflicto, ya que como bien sostiene Todorov¹⁵ a lo largo de su libro los signos, como realidades intersubjetivas al interior de las culturas, pueden ayudar también a la conquista de un pueblo sobre otro y más aun estas relaciones de conflicto ponen en juego la resignificación de las mismas culturas.

¹⁴ Alejandro Salcedo, *op.cit*, p.27.

¹⁵ Tzvetan Todorov, *La Conquista del América*, Siglo XXI, México, 1987. Véase al respecto la interesante pregunta planteada por el autor en la p.70: <<¿Será que los españoles vencieron a los indios con la ayuda de los signos?>>.

1.1.5 Concepción estructural

Como se ha visto, poner la cultura bajo el microscopio de la ciencia ha dado lugar no sólo al nacimiento de las ciencias sociales también ha servido para que la cultura se considere un objeto de estudio, lo cual ha logrado centrar la atención en el sentido de la significación de ella misma debido a que la cultura no posee una estructura definible por sí misma, no obstante, podemos enunciar una concepción estructural de la cultura que retoma aspectos de la concepción simbólica.

Rescatando esta idea sobre el sentido encontramos entre sus precursores a Bourdieu quien enfatiza la interiorización de las reglas sociales en los individuos como formas o patrones de conducta bajo el concepto de *habitus*. Este concepto *habitus* es definido por Bourdieu como una interiorización subjetiva de las reglas sociales que da como resultado una subjetividad socializadora pero que como remite a la acción social es objetiva.

Al respecto puedo comentar que lo que pienso que pretende Bourdieu, es reunir el paradigma lingüístico sobre lo simbolizado y la identidad con el ámbito económico para concebir la cultura como una especie de *habitus* o hábitat que comprenda tanto la parte concreta como la simbólica pero también se apunta que este *habitus* es adquirido de manera inconsciente y que sólo se hace consciente cuando se ve amenazado, es decir, cuando se encuentra en situaciones críticas que exigen su recomposición, por lo cual podemos deducir que el problema se aborda sólo desde los intereses pero no desde lo social y lo artístico sumergiendo la actividad cultural en un determinismo económico.

Sin embargo, como comenta Salcedo ¹⁶, lo importante de retomar la interpretación de los símbolos en una concepción estructural es utilizar estas interpretaciones por medio de un análisis de contextos de estructuras sociales. Retomar este sentido de la lucha y el conflicto por el poder, es abordar un problema que cobra fuerza en la actualidad, es a saber, el hecho de que la cultura se halle a expensas de un determinismo económico y por ende político, lo cual exige una reconfiguración de sentido de la pluralidad cultural en el marco de las relaciones sociales. Si bien el contexto social determina los patrones de valorización, también cae en un relativismo de valor pues hay un abismo cultural entre las actividades culturales de los ricos y los pobres, de las culturas oprimidas y las culturas dominantes.

1.2 La noción de paradigma en el estudio de la cultura

Cabe destacar que este recorrido nos ha permitido tener una idea de cómo se ha construido el concepto cultura y cómo ha ingresado al campo de la ciencia, así como también, se han podido hacer explícitas las influencias de estas definiciones en el lenguaje común que en gran parte permea nuestra vida diaria y pensamiento.

Ahora preguntémonos ¿qué sendero debemos tomar en el estudio de la cultura tomando en cuenta el camino recorrido? Salcedo ¹⁷, por su parte expone su tesis de no conceder a ningún polo de interpretación de la cultura la razón absoluta, pues todas ellas son complementarias unas de otras y todas tienen puntos débiles

¹⁶ Alejandro Salcedo, *op.cit.*, pp.29-40.

¹⁷ *Ibid.*, pp.15-17.

y de gran aporte. Lo que encuentro como telón de fondo no sólo es un problema epistémico en la relación de sujeto y objeto (intérprete-cultura) sino también en la conformación ontológica de la cultura, que como objeto de estado cambiante debe tener una reinterpretación de la forma más creativa, de modo que no permanezca como una simple urdimbre empolvada en el laboratorio del investigador, sino que sea el telar donde se dejen ver nuevos senderos de reconstrucción de identidad humana ya que estas formas de tejer la urdimbre indiscutiblemente llevan a ciertas posturas y acciones sociales.

De esta manera, si sólo vemos en la cultura la tela terminada, como en la concepción clásica del término, lejos estaremos de conocer la manera en que se ha tejido la identidad cultural de algún grupo y por lo tanto también estaremos lejos de comprenderla. Nuestra valoración de ella por ende, sería ciega; en cambio, si pretendemos desprender cada hilo de ella para su análisis, como lo pretende la concepción descriptiva, descompondremos la tela cultural en una serie de hilos inservibles que sólo nos dejarán ver parcialmente cada hilo sin saber por dónde se ha tejido, simplemente conoceremos los hilos que dan imagen a la tela y no conoceremos ni la intención ni la estructura que su tejedor le ha dado.

Aún así, pese a que la solución parece venirse por la vía de la concepción simbólica, abusando un poco del símil de la urdimbre, no se puede analizar cómo se ha tejido una tela si no lo hacemos nosotros mismos, es más esta es otra característica peculiar de nuestro objeto de estudio: es nuestra creación. La solución más conveniente parece ser, tratar de reconstruir la cultura por medio de la interpretación del lenguaje por donde nosotros tomamos hilos de aquí y de allá

tratando de tejerla de nuevo como lo hubiera hecho su propio tejedor, sin descartar nunca una nueva técnica de tejido. Esta solución está sustentada básicamente en la concepción simbólica y estructural aunque hace falta considerar los abismos que han separado hasta aquí al tejedor y al tejido, es decir, al investigador y a la cultura, pues según la hermenéutica, el investigador no puede simplemente estudiar la cultura sin tejerla de nuevo y no significa dar nuevos parches a la tela sino reconstruirla, con lo cual no se trata de acabar con la diversidad de técnicas de construcción sino reproducirla con mayor belleza y claridad para que nos cobije en la solución de nuestros conflictos actuales.

Por otro lado, este recorrido también apunta a una aclaración de tipo epistémico y metodológico dentro de las ciencias sociales como la antropología y en general para el estudio de la cultura pues si bien muchos datos de la descripción empírica pueden sernos de gran utilidad, también debemos poner atención en el hecho de que el objeto de estudio es parte de nuestra identidad y la cultura es el espejo donde podemos tener una imagen de nosotros y poder así transformarla. Para marcar las pautas del método a utilizar en la investigación de la cultura Salcedo apunta que su intención, en la obra citada en repetidas ocasiones, es la de <<contribuir a la revisión del concepto cultura>>¹⁸ por ello Salcedo, siguiendo algunas sugerencias de Raúl Alcalá, propone tomar como punto de partida una reflexión enmarcada en la filosofía crítico-hermenéutica que alude a analizar las formas simbólicas que han servido para construir el término

¹⁸ *Ibid.*, p.12.

cultura atendiendo a los contextos sociales desde los cuales están siendo analizadas.

Tomando en cuenta que las ciencias sociales no pueden valerse de sistemas lógicos en el discurso o de métodos hipotético-deductivos, nuestro autor se auxilia del término *paradigma* como fundamento de una teoría en estas ciencias.

Para él, retomando a Thomas Kuhn, los paradigmas no son otra cosa que marcos de pensamiento con los cuales, basados en su utilidad, existe acuerdo entre comunidades científicas. Los paradigmas a los cuales hace alusión el autor, basado en los campos de la sociología y la antropología, no lo alcanzan a satisfacer en el estudio de la cultura, así que opta por introducir un paradigma de corte hermenéutico porque mediante la confrontación de estos paradigmas es que las ciencias sociales adquieren su validez, es decir, que para fundamentar una teoría acerca de un aspecto social o cultural se recurre al paradigma de corte hermenéutico, el cual como teoría, alcanza su validez por su confrontación con otros paradigmas basado en dos criterios: la mayor generalidad y el criterio heurístico.

No obstante, me parece que esta noción de paradigma aunque muy valiosa necesita retomar algunos aspectos de la construcción de una cultura para tener mayor sustento. Es decir, nos hemos enfocado en cómo interpretar los fenómenos culturales pero no hemos dado cuenta de manera concreta como se construye la realidad de esos fenómenos culturales para ello a continuación retomaremos la noción de dimensión cultural ofrecida por Bolívar Echeverría en su libro *Definición de la cultura*.

1.3 Concreción del término cultura: la dimensión cultural

Teniendo en cuenta las anteriores concepciones del término cultura, es claro que nos acercamos a una nueva noción del término en aspectos más concretos y sobre todo a una nueva metodología dentro de las ciencias sociales por medio de la noción de paradigma teniendo en cuenta que la cultura, como objeto de estudio, es de peculiar constitución trascendente al plano natural.

Bolívar Echeverría¹⁹ se percata de esta trascendencia arraigada en lo concreto ya que esta idea de ver las culturas como “cultivos humanos” que tienen como fin satisfacer las necesidades de las sociedades humanas, no tiene una expresión homogénea en todos los grupos humanos.

Echeverría sostiene en la lección I de su libro anteriormente citado que en el discurso moderno no se tenía esta visión acerca de la cultura ya que se encontraba sumido en el intento de erradicar en la filosofía y la ciencia todo aquello que provoca lo diverso en el pensamiento, es decir, se buscaba encaminar cualquier estudio por la vía de lo funcional, lo repetible científicamente y era de esperarse que también las recién nacidas ciencias sociales estuviesen permeadas por este pensamiento, por lo tanto, la concepción de cultura en el mundo moderno se construye en torno a la convicción inamovible y contradictoria de que la cultura es una sustancia espiritual vacía de contenidos.

Para dar cuenta de que la cultura no es esa “sustancia espiritual vacía de contenidos” Echeverría revisa desde una perspectiva, hasta cierto punto materialista, las actividades que definen al ser humano como un animal social,

¹⁹ Cfr. Bolívar Echeverría, *Definición de la cultura*, Itaca, México, 2001, lección I.

como lo son todas las actividades de producción y consumo donde se busca satisfacer las necesidades humanas y da cuenta de la extrañeza que causan las diferencias tan marcadas que se dan en la realización de estos productos de una comunidad humana a otra. Si bien es cierto que el ser humano a lo largo de su historia ha logrado descubrir a la luz de su capacidad racional diversos métodos funcionales para la producción de objetos que son destinados a la satisfacción de sus necesidades, tales como comer y tener un lugar donde habitar, tampoco podemos negar que hay algo dentro del proceso de reproducción social que trasciende al plano de la funcionalidad y la eficiencia porque, a diferencia de los animales, no todos los seres humanos se alimentan igual y no todos construyen sus habitaciones de la misma manera; y es precisamente en esa pequeña, pero grandiosa diferencia, donde se encuentra la realidad cultural del ser humano que parece ser tan inaprensible aunque no por ello está vacía de contenido concreto.

Echeverría, dará el nombre de “dimensión cultural” a esa condición existencial del ser humano que provee de sentido a las actividades para la satisfacción de necesidades. Sus características más importantes son: 1) que se encuentra más allá de toda funcionalidad racional; y 2) que es una precondition que adapta la presencia de una fuerza histórica en la concreción de la vida práctica dentro de una determinada sociedad, y siendo así parte de la vida práctica, actúa también de manera determinante en el comportamiento individual y colectivo.

Más tarde nos aclara que es algo que guarda la identidad propia de un grupo social e imprime sentido a las acciones humanas ya que es una fuerza histórica. Por eso mismo, pese a que la palabra “dimensión” parece ser un tanto abstracta,

Echeverría logra darle un matiz más concreto ya que es para él una forma de reproducción social anclada a la realidad material de esos procesos y al mismo tiempo trascendente la funcionalidad de estos procesos. En palabras de Echeverría la dimensión cultural es un <<proceso de reproducción donde el sujeto se vale de su estar inmerso en el flujo temporal de las cosas para hacer de esta condición, una dimensión existencial propia de él: la “temporalidad”>>²⁰.

Como vemos, la cultura es una dimensión existencial en donde el sujeto concretiza su identidad que se encuentra sumergida en la temporalidad debido a que <<la realidad cultural da muestras de pertenecer orgánicamente, en interioridad, a la vida práctica (...)>>²¹ Teniendo estos argumentos, podemos concluir que la idea de dimensión cultural que ofrece Echeverría es importante para el esclarecimiento sobre la supuesta condición de “sustancia espiritual vacía” y ajena a la vida práctica de la cultura y, con ella llevada de la mano, el concepto de identidad también adquiere forma concreta: la cultura es el símbolo de la fuerza histórica que trasciende a la funcionalidad y eficiencia de los procesos de producción-consumo de las sociedades y se encuentra sumergida en el flujo del tiempo formando cierta identidad que deviene.

En cuanto a la enunciación de esta <dimensión cultural>, puedo decir que es algo indispensable para la comprensión del simbolismo que se encuentra impreso en los productos que permiten la reproducción social de un pueblo y que de alguna manera también le permite tener una identidad propia. La investigación de Echeverría sobre la idea de cultura a lo largo de la historia, poniendo principal

²⁰ *Ibid*, p.81.

²¹ *Ibid*, p.21.

atención en cuanto al discurso moderno y a la problemática de la equiparación del término cultura al término civilización deja ver, por un lado, que la cultura y sus expresiones no son algo que se pueda estudiar fuera de la vida humana cotidiana y, por otra parte, deja ver los disfraces que se le han atribuido al término de la cultura al ser concebida como una “sustancia espiritual” que bien podría ser equivalente a los términos “convicción” o incluso “ideología” en el sentido más disminuido de ésta. De alguna manera, Echeverría logra sustentar una idea de cultura tomando en cuenta el simbolismo subyacente que se encuentra en las actividades cotidianas de las personas que forman parte de una comunidad cultural desde su materialidad.

Pero no olvidemos el problema que nos ha llevado a hacer este recorrido histórico del término cultura y su estudio: los conflictos de la diversidad humana o diversidad cultural en el marco de la crisis de los estados modernos. Si algo nos deja como enseñanza el estudio de Echeverría es que esa noción de cultura como “sustancia espiritual vacía de contenidos” que acuñó la modernidad aún se podría estar colando en nuestros discursos sobre la diversidad humana y de alguna manera podría seguir permeando nuestra propia vida diaria.

Esto tiene sentido si nos preguntamos ¿por qué en nuestros días los pueblos culturales piden autonomía²² poniendo en crisis al Estado?, más aún, ¿por qué

²² Referirnos a autonomía puede llevarnos a un laberinto de significados y confusiones ya que generalmente refiere a la autodeterminación; la pregunta obligada sería ¿autodeterminación en qué sentido? En lo concreto hay pueblos que exigen autonomía en el sentido político, es decir, piden autogobierno aunque esta implique o no separación de la nación; por otro lado, podría entenderse autonomía como autosustentabilidad, es decir, autogestionamiento de los bienes producidos. Sea cual sea el significado que refiera, para el caso de la diversidad humana en el marco de la crisis de los Estados se pone en juego la autonomía en su sentido más general abarcando con ello los demás sentidos ya que como nos hace ver Echeverría puede ser válido pensar que la dimensión cultural abarca toda clase de actividades para la reproducción social.

también entra en crisis el modo capitalista de producción que a su vez de alguna manera está regulado o atravesado por el Estado? Estas preguntas no son fáciles de responder en un trabajo exploratorio como este y no es la principal intención tampoco, sin embargo, podemos esbozar, con cierto temor al error, una respuesta tentativa que lleve a futuras investigaciones por la cercanía que encierra sustentar la necesidad de identidad cultural en medio de estos conflictos por el reconocimiento de la diversidad humana.

Teniendo en cuenta que el Estado, al menos en nuestro país, se encarga de administrar las actividades de reproducción social tales como el alimento por medio de la explotación de los recursos naturales y la educación por medio de sistemas homogéneos basados en el progreso, la funcionalidad y la eficiencia, los cuales son reflejo del modo de producción capitalista nos preguntamos ¿no será que esos sistemas homogéneos están fallando en la satisfacción de una necesidad primordial para el ser humano que trasciende la mera funcionalidad y eficacia de esos sistemas? Las preguntas obligadas serían: ¿cuál necesidad?, ¿por qué es tan importante?

En la vida cotidiana podemos apreciar que desde el sentido común no se ve tan claramente el arraigo de la cultura en los modos de producción-consumo, sino que aún se rastrea esa idea de sustancia espiritual al margen de estos sistemas; por ello, es de esperar que el reconocimiento de la diversidad humana en nuestro país sólo haya sido de palabra reconociéndola en nuestra constitución pero que no sea efectiva en el mundo real y éste se encuentre aún en múltiples conflictos que

exigen reconocimiento efectivo de las diferencias culturales por medio de acciones y cambios al interior de los sistemas de reproducción social de la nación.

Como podemos ver, la construcción del término de <dimensión cultural> acuñado por Echeverría también hace tambalear la idea de que puede haber homogeneización política y económica sin homogeneidad cultural ya que si concebimos la cultura como una dimensión de significado histórico construido por la materialidad y significación de los procesos de reproducción social vemos que el mundo cultural y las prácticas de producción-consumo están intrínsecamente ligadas y que ambas forman parte de nuestra identidad cultural y humana. Por otro lado, pensemos en la identidad como esa necesidad que no es reconocida y, por ende, no es satisfecha sino sólo por medios de manipulación ideológica como la industria cultural cuyo tema abordaremos más adelante. Por ahora, quedémonos con la idea de que la cultura forma parte de la identidad humana y se manifiesta por esa búsqueda de trascender la mera funcionalidad y eficacia.

1.4 Problemas actuales en la concreción real del término cultura: multiculturalismo y “cultura” global

Hasta ahora hemos venido anunciando la concreción del término cultura para ir desvaratando los prejuicios dados en la modernidad en cuanto a este término aunque no hemos sustentado aún la necesidad de identidad cultural como fundamental para el desarrollo pleno de la vida humana únicamente hemos marcado algunos rasgos distintivos; para ello y antes que nada necesitamos

atender a los problemas actuales de nuestra sociedad que impiden ver la concreción real de la cultura.

Dos cuestiones se abordarán en este apartado. La primera remite a los problemas generados por la llamada “cultura global” que de manera general, un tanto arbitrariamente, podemos enunciar como la dimensión existencial dada por ciertas formas de vida que son impulsadas por sistemas industriales y una política homogeneizante que obviamente trastoca otros campos como el de la comunicación y la tecnología. La segunda cuestión alude al multiculturalismo como conglomerado de propuestas normativas, en su mayoría, con miras a la integración de grupos minoritarios a un Estado analizando la cuestión desde sus supuestos filosóficos más generales. Cabe mencionar que estas cuestiones son abordadas desde su generalidad con el fin no de abundar en ellas sino para sustentar la necesidad de la identidad cultural desde una perspectiva diferente a estas cuestiones tomando en cuenta la noción de cultura que hemos venido construyendo.

Siguiendo esta idea de cultura como dimensión existencial humana que provee de sentido a la vida, sentido que es trascendente a la funcionalidad y tomando en cuenta que la noción de cultura dada desde el discurso moderno se cuela en nuestra mentalidad cabe preguntar ¿qué consecuencias tiene?, más aún, ¿por qué surgen, en la actualidad, luchas por el reconocimiento de esta identidad cultural teniendo en cuenta el art.2do de nuestra constitución?, ¿por qué este reconocimiento explícito no es suficiente? ¿será que seguimos cargando la idea de que la cultura puede desarrollarse de manera autónoma al margen del respeto

a sus formas de organización y reproducción social reforzando la idea moderna de cultura como sustancia espiritual vacía de contenidos?

Para responder a ello cabe atender a la historia de la humanidad como sociedad donde vemos que los sistemas de producción basados en la funcionalidad y la eficiencia se dan con el auge de la revolución industrial que provoca la instauración del modelo de producción capitalista. Estos modos de “vivir” y organizar la vida social han ido desplazando cada vez más los sistemas de producción precapitalistas con la única meta de maximizar la eficiencia, quitar la carga de trabajo a la mano humana y obtener la mayor producción, con ello damos paso a un abismo insalvable entre el productor y su producto y una explotación irracional de los recursos por mencionar los problemas más graves.

Este abismo del que hablamos no es simple pero tampoco podremos atender toda su complejidad. Para este trabajo es importante vincular las luchas por el reconocimiento de la identidad cultural con el auge de estos sistemas de producción ya que no soy partidaria de que pueda haber igualdad social y respeto a la diversidad cultural si no se toma en cuenta que respetar la identidad cultural de una sociedad no puede hacerse al margen del respeto por sus formas de producción-consumo incluidas, por ende, sus formas de organización política. Visto de esta manera, la identidad cultural se nos presenta como una necesidad de otro orden cualitativo diferente a nuestras necesidades meramente biológicas además de mostrar que éstas están intrínsecamente ligadas a la necesidad de identidad cultural por el sentido humano que ésta le imprime a aquellas. Así, la identidad cultural aparece como una necesidad de orden cualitativo que no se

satisface con un modo de producción que acrecienta lo cuantitativo atendiendo de manera superficial esta necesidad de identidad cultural.

En nuestros ajetreados días la globalización y el capitalismo como formas industrializadas, masificadas y homogeneizantes de producción de estos bienes los individuos no somos totalmente ciegos respecto a la necesidad de identidad que experimentamos como seres humanos y que no se satisface del todo al consumir estos bienes precisamente porque ya no somos productores de cultura sino consumidores perdiendo parte fundamental del sentido de nuestra existencia como seres diferentes a los seres de la naturaleza.

Cuando adquirimos un producto que promete satisfacer otro tipo de necesidades, como por ejemplo un perfume de aroma sensual, en realidad podemos intuir que intentamos satisfacer una necesidad de diferente orden cualitativo ajeno a las necesidades más básicas. El problema es que en la actualidad la identidad, desde la lógica de los mercados y la publicidad la vemos como satisfecha por la compra de productos o por la adhesión a ciertas ideologías y no como todo un proceso de producción-consumo-goce, más bien lo vemos como venta-disfrute y por lo tanto, al ser ignorantes de la producción de los productos somos acríticos en su disfrute. Por lo tanto, los pueblos o culturas que no viven bajo el sol del capitalismo o la globalización no tienen otro camino más que la lucha por mantener la continuidad de su cultura desde la marginación más deplorable y al margen de las limitaciones impuestas por el Estado.

Dentro de esa lucha nos encontramos naciones como la nuestra donde a pesar de la existencia de culturas diversas, la realidad social se ve envuelta en

una marcha forzada hacia la homogeneización, hacia una cultura global si se me permite el uso del término, camino que nos lleva si no la disminución de los aspectos culturales propios de comunidades humanas, sí a una actitud marginal hacia esas culturas y sus formas de producción por parte de los grupos dominantes así como una falta muy grave de consciencia en los propios consumidores que han pasado de ser productores a ser únicamente consumidores. Desde esta marginación y esclavitud a la homogeneización, nuestra vida no tiene más meta que la preocupación por la satisfacción inmediata de nuestras necesidades más básicas olvidando aquello que le da sentido a nuestra vida humana: la identidad cultural.

Como vemos, la identidad cultural no es una necesidad de la que se pueda prescindir pues ésta encierra precisamente el sentido global de nuestra existencia proporcionándonos las herramientas necesarias para mejorar nuestra calidad de vida en sociedad.

Ahora tomemos como punto de partida algunas propuestas de Olivé²³ en cuanto a la situación planetaria de globalización y homogeneización cultural como preámbulo para abordar la segunda cuestión planteada: el multiculturalismo.

Respecto a la globalización Olivé²⁴ enuncia que hasta ahora se ha creído que los problemas políticos, económicos y culturales dados por la globalización están muy lejos de la solución debido a que se tiene la idea de que escapan a las fuerzas humanas, sin embargo, apunta Olivé <<...no lo es para quienes

²³ Cfr. León Olivé, *Multiculturalismo y pluralismo*, Paidós, México, 1999, pp.23-36.

²⁴ *Idem*

reflexionan críticamente>>²⁵. Al respecto pienso que esa irreflexión es la consecuencia de ese desapego entre los ciudadanos y su participación en la producción y disfrute de bienes sociales produciendo una ola de irresponsabilidad que hace cada vez más hondo el abismo entre productor y producto. Los ciudadanos aunque no culpables por acción sí lo son por omisión. Relegar las decisiones al poder tutelar de nuestras instituciones y consumir productos sin saber los procesos que los crean nos lleva indiscutiblemente a uno de los males que padece la moralidad de sociedades modernas que aborda Taylor²⁶: el despotismo blanco que es el resultado precisamente de la estructuración social en torno a la razón instrumental sin ningún horizonte moral y yo diría cultural en el sentido que le da Echeverría.

Al respecto de esta actitud, producto de la ignorancia y la irresponsabilidad, Olivé opta por un camino no libre de obstáculos: un cultivo de la actitud crítica y la reflexión como reacción a este bombardeo de información y (supongo) a esta falta de responsabilidad. No obstante, creo que es pertinente comentar que esta manera de pensar también está enmarcada dentro de nuestra mentalidad moderna, mentalidad que no creo se comparta con las comunidades culturales minoritarias, que quizá como bien apunta Olivé también deben estar dispuestas a cambiar, pero en la otra cara de la moneda, esta idea de educar en la actitud crítica también presupone cierto grado de paternalismo por parte de las personas que forman parte de la filosofía actualmente, que piensa Olivé, son a quienes les concierne esta tarea, lo cual no toma en cuenta la idea de que la cultura no

²⁵ *Ibid.*, p.23

²⁶ *Cfr.*, Charles Taylor, *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona, 1994.

solamente tiene lugar en ámbitos académicos sino que la vida misma se encuentra atravesada por ella.

Al respecto de esta solución de “educar y concientizar” pienso que más que solucionar el problema desde sus raíces lo hace crecer como una mala hierba pues como se ha visto a lo largo de la historia de nuestra Nación la educación y la integración nacional por medio de políticas homogeneizantes han estado ligadas a la legitimación del Estado posrevolucionario. Sin abundar en más detalles al respecto pienso que si se aboga por el respeto de la identidad cultural de cada sociedad dentro de una nación se debe hacer un esfuerzo por respetar sus formas de organización política así como también sus formas de producción-consumo, tarea que obviamente no es fácil ni pretendo enunciar aquí las actividades a realizar para lograr esa meta ya que pienso que aún no se ha visto en toda su plenitud los prejuicios que cargamos por ver la cultura al margen de estos sistemas creyendo que puede haber una forma de gobierno y administración de los recursos igual para todas las culturas. Por el momento me conformo con desprender este velo de nuestros ojos modernos. Quizá la idea de Olivé sea mejor realizada si formamos esa conciencia acercándonos a esas formas de vida distintas para poder valorarlas aunque no descarto la idea de lo provechoso que sería apoyar desde nuestras instituciones educativas proyectos multidisciplinarios en los que también puedan tener cierta participación la sociedad en general. El problema es que en el mundo globalizado cualquier actividad intelectual ya está encaminada a tareas específicas en los mercados y por lo tanto en la idea de la eficacia inmediata y, lo sabemos, ser eficaz no es sinónimo de tener una buena

formación. Por eso, una manera de ir en contra de esta cultura masificada que cada vez gana más terreno, es llamar la atención sobre el problema de la pérdida de reflexión crítica y eso es igual a la pérdida de identidad humana pero también debemos comprender otras formas de vida, es decir, otras culturas y apoyar su desarrollo autónomo sin caer en un paternalismo.

Por otro lado, Olivé marca implícitamente que la filosofía debe atravesar la formación de toda la gama de profesiones disponibles fomentando el juicio crítico en los profesionistas encargados de la producción social que en cierto modo son todos los individuos que forman parte de una comunidad humana. Ese fomento, pienso yo, serviría si se toma desde una perspectiva antropológica para sostener la identidad cultural como espejo crítico de la identidad humana, pues recordemos el significado etimológico de la palabra cultura: “cultivo humano” y lo que más puede cultivar el ser humano en tanto ser humano es precisamente su juicio crítico y su capacidad de trascender a sus circunstancias, lo cual le da de por sí una identidad propia.

Ya se ha hablado de que la llamada globalización puede entorpecer el florecimiento de las culturas diversas existentes en una nación, Olivé plantea un modelo de multiculturalismo plural²⁷ para la resolución de problemas en la sociedad. Para los fines de esta investigación no interesa abundar en su

²⁷ Cabe mencionar que Olivé propone una fundamentación epistemológica del modelo pluralista que defiende el derecho a la diferencia refiriéndose a que la captación de la realidad desde distintas culturas se construye de diferente manera. Coincido con él en que deben abordarse algunos criterios epistémicos que justifiquen este “derecho”, sin embargo, difiero en algunas tesis que él sostiene como la que dice <<la realidad se deja conocer de muchas maneras diferentes>> (León Olivé, *op.cit.*, p.19) por su excesiva generalidad, ya que podría bien tomarse como un relativismo insalvable además que no aclara de manera concreta qué es la realidad desde su discurso, menos aún creo que tenga conocimiento de cómo perciben la realidad algunas culturas, para ello hace falta trabajo etnográfico y en general antropológico por razones más que evidentes.

propuesta sino más bien poner atención en la base que sostiene su modelo pluralista: el derecho a la diferencia, idea que supone que hay identidades culturales existentes en la vida concreta.

Con base en lo anterior, Olivé menciona que <<El derecho a la diferencia es el derecho de los individuos a ser reconocidos como miembros de cierto grupo social y a gozar de determinados beneficios en virtud de ello>>²⁸, yo agregaría que también conlleva ciertas obligaciones y que este derecho es defendido con base en que la realización plena de los intereses de los miembros de una cultura depende de su continuidad. Este derecho a la diferencia según le parece a Olivé se sustenta en la convicción de que estas culturas desempeñan un doble papel: 1) son constitutivas de la identidad personal y 2)son condición de posibilidad del ejercicio de la autonomía y autenticidad de sus miembros; sin embargo, esta defensa tiene serias consecuencias porque si se acepta la diferencia cultural, el Estado debe hacer transformaciones para garantizar los derechos individuales y colectivos, por ejemplo, en el ámbito jurídico y económico. Además de que al fondo de ésta propuesta subyace el individualismo y por la protección de ciertos derechos individuales se podrían denigrar algunos valores colectivos ya que desde muchas culturas la autonomía no es un valor supremo, por el contrario el sujeto se ve como “instrumento” para la continuación de una colectividad, postura que bien pudiera ser criticable pero aquí no interesa ese asunto mas que para marcar la incompatibilidad del modelo pluralista de Olivé y los obstáculos que en la realidad puede enfrentar ya que él presupone que los pueblos exigen autonomía individual

²⁸ León Olivé, *op.cit.*, p.89.

cuando pudiera no ser así. Para que su teoría no estuviera en las abstracciones y la pueda sostener sería válido preguntar ¿cómo demuestra que las culturas buscan este ejercicio de la autonomía individual? también, su propuesta es claramente una reducción del problema al ámbito epistémico, lo cual deja de lado las relaciones de conflicto e intercambio cultural.

Olivé sin duda privilegia la autonomía individual sobre otros valores comunitarios que dentro de diversas culturas puede ser más importante que la individualidad, y con ello no toma en cuenta que los procesos de reproducción de vida social siempre son comunitarios y no están escindidos de la conformación de la identidad cultural. Ve la cultura como un instrumento de satisfacción, como camino para alcanzar la individualidad, aspecto que pudiera no ser muy distante a la lógica de los mercados y a la industria de la cultura.

Cabe apuntar también, para cerrar este apartado, que el multiculturalismo de cierta manera en diversas partes del mundo no solamente apunta a la integración de grupos minoritarios a un Estado (éste parece ser su fin último) sino que también parte de supuestos epistémicos bastante arriesgados²⁹ respecto a la percepción del fenómeno de la diversidad cultural supuestos que llegan al grado

²⁹ Véase Seyla Benhabib, *op.cit.*, pp.21-57 donde hace una crítica bastante razonable a la historia de la vinculación de los conceptos cultura e identidad rastreada desde el romanticismo herderiano, la antropología británica y el estructuralismo francés hasta las modernas “políticas del reconocimiento”. Benhabib sostiene que <<la mayor parte de la política cultural actual es una extraña mezcla entre la perspectiva antropológica sobre la igualdad democrática de todas las formas culturales de expresión y el énfasis romántico herderiano (...)>> (*Ibid.*, p.25) Más adelante apunta <<Sean conservadores o progresistas, estos enfoques comparten premisas epistémicas falsas: 1) que las culturas son totalidades claramente delineables; 2) que las culturas son congruentes con los grupos poblacionales y que es posible realizar una descripción no controvertida de la cultura de un grupo humano; y 3) que, aun cuando las culturas y los grupos no se corresponden exactamente entre sí, y aun cuando existe más de una cultura dentro de un grupo humano y más de un grupo que puede compartir los mismos rasgos culturales, esto no comporta problemas significativos para la política o “las políticas”>> (*Ibid.*, p.27) A estas premisas las cataloga como “sociología reduccionista de la cultura” que en palabras llanas podríamos concebir como “multiculturalismo mosaico”.

de legitimizar reestructuraciones políticas y económicas por el bien de la Nación pensando en los derechos que algunos pueblos ni siquiera demandan (como el de autonomía individual), es decir que proceden en sus acciones políticas con un declarado desconocimiento de la diversidad cultural desde lo más cotidiano impidiendo ver el vínculo más importante entre los términos de identidad y cultura: su concreción e importancia para el desarrollo del ser humano en sociedad.

1.5 Balance crítico

En conclusión, no pretendo definir el término cultura, sino más bien, establecer algunos problemas surgidos desde su misma concepción, problemas que obstaculizaban la concreción objetiva de su significado para su estudio profundo y crítico, así como también se obstaculizaba el esclarecimiento del papel fundamental que desempeña la cultura en un individuo e incluso en una comunidad: la formación de una identidad propia. En todo caso, pienso que es más importante marcar que debemos poner atención en los supuestos filosóficos que sustentan una teoría de defensa de la multiculturalidad pues si no es así terminaremos defendiendo a nuestro propio enemigo: el imperialismo cultural o la homogeneización teniendo en mente la concreción de términos como identidad y cultura.

Así mismo damos cuenta de que la cultura como creación misma del ser humano en su acontecer histórico está inserta en la identidad misma del ser humano: su libertad, por ello mismo es tan importante la cultura, porque con base en ella se conforman los caminos que seguirán los individuos pertenecientes;

aunque no por ello quiera decir que los caminos marcados por la cultura sean las únicas posibilidades del sujeto para imprimir sentido a su vida, sino todo lo contrario, gracias a la cultura, dinámica como la misma identidad humana, el ser humano puede construirse nuevos caminos por los cuales hacer transitar su vida.

Bien apunta Villoro, seguramente refiriéndose a la identidad cultural <<El descubrimiento de lo que fuimos está guiado por la proyección de lo que queremos ser>>³⁰ lo cual supone que la cultura no sólo es un monumento del cuál estar orgullosos, también presupone cierto horizonte futuro como proyecto. La cultura, en términos más metafóricos; pero con mucho más sentido es ese monumento de identidad que permanece erigido para recordar al ser humano su capacidad de elección, por lo cual puede ser un monumento temporalmente infinito.

³⁰ Luis Villoro, *Estado plural, pluralidad de culturas*, Paidós, México, 1999, p.77

Capítulo 2

NOCIÓN DE IDENTIDAD DESDE LA DIVERSIDAD HUMANA

*“El descubrimiento de lo que fuimos
está guiado por la proyección de lo que queremos ser”
Luis Villoro*

Una cuestión que ha ocupado a la humanidad entera es el de su propia naturaleza, sin embargo, como hemos visto no es una pregunta con una respuesta definitiva y tampoco es deseable que lo sea. Desde que somos expulsados al mundo nos diversificamos adquiriendo una cultura propia, lo cual presupone que respondamos de muchas maneras esa pregunta y no por ello caemos en un relativismo insalvable; por el contrario, a la vez que escapamos de un absolutismo creamos las bases propicias para no caer en el relativismo sosteniendo que la respuesta puede ser diversa en tanto satisfaga la realización de un constructo útil para la vida humana, llamado identidad.

Cada comunidad humana ha erigido un monumento propio al preguntarse por su identidad humana, una cultura propia con la cual trata no sólo de responder o descubrir, sino de construir su propia identidad que satisfaga su vida no sólo espiritual sino material, concibiendo estos términos como dialécticos, no escindidos. Es decir, que la construcción simbólica de una identidad cultural parte de cierta abstracción de un elemento común que representan los productos para la reproducción de la vida social, es más, emerge de ellos. En este sentido la respuesta a la pregunta por la condición o identidad humana, es decir, ¿quién

soy?, no se responde a partir de adjetivos o conceptos meramente referenciales como se hace con un objeto empírico. Podemos decir entonces, que pronunciar la palabra soy no es reducible a ser acompañada por ningún adjetivo. De esta la palabra “soy” es verbo y acción. La identidad no es un objeto a descubrir sino una realidad que construir y dónde interactuar.

En este capítulo se intentará esbozar una noción de cultura basada en la identidad desde el análisis de algunos problemas que se suscitan en la concepción de la identidad sin intentar dar una definición definitiva y cerrada. Como el título de este capítulo marca sólo se intenta dar una noción, con la intención de remarcar que la identidad es un aspecto primordial no sólo en la concepción de la cultura sino en la solución de muchos problemas socio-culturales reales que afectan diferentes ámbitos del desarrollo humano. También me interesa mostrar la concreción real de este término, pues mal entendido ha llegado a convertirse en un arma argumentativa para justificar nacionalismos y diversas cuestiones de injusticia, ya que en algunos países la búsqueda de identidad, ha llevado al resurgimiento de los éstos, de ahí que una vez conformados se confundan con ella. Identidad cultural no es igual a identidad nacional.

Se hablará de identidad en dos sentidos primordialmente. El primero refiere a un punto de entronque donde se funden de manera simbólica ciertos rasgos característicos de la vida concreta tanto a nivel individual como a nivel comunitario; y el segundo como búsqueda. Ambos usos del término tienen en común dar una imagen genuina y global de estos rasgos y de la vida humana que no sólo se contenta con la satisfacción de necesidades básicas.

Para abordar la importancia que tiene la identidad en la conformación de una noción de cultura, me parece de suma importancia destacar los problemas más comunes que ha suscitado este término en el discurso filosófico sobre el análisis de la cultura. Para ello, he abordado la identidad desde su concepción general concediéndole un peso importante a la concepción simbólica desde los problemas que se van dando al introducir este término en el discurso filosófico sobre la cultura para poder cimentar la concreción y realización de este aspecto primordial para la concepción de una verdadera noción filosófica de la cultura.

En este aspecto podríamos decir que es un trabajo exploratorio que pretende encontrar algunos rasgos que han suscitado el oscurecimiento de la realidad concreta de la identidad, pero que la misma aventura exploratoria nos lleva a conformar una idea propia asumiendo una actitud crítica y a confirmar la concreción de la identidad en la vida social y cultural.

2.1 Noción de identidad en el discurso filosófico

Concibiendo la cultura como una forma de vida concreta y una dimensión intersubjetiva podemos llegar a construir una noción de identidad cultural más concreta y crítica. Para ello, también resulta indispensable remarcar algunos aspectos del término identidad. De la misma manera que el término “cultura” el término “identidad” se encuentra perdido en la oscuridad de las convicciones del sentido común, pues en vez de ser pensada en este sentido de realidad intersubjetiva concreta se le ha concebido de manera superflua como si fuese una ideología seguida por fanáticos. Su concreción en la vida humana no ha sido

percibida de una manera adecuada, pues al ser pensada como una convicción o ideología de pensamiento acrítico a la manera de “etiqueta”, sólo se hace alusión a rasgos externos de algo para señalarlo manteniendo una imagen simplista de las cosas y de los sujetos mismos.

En la actualidad se habla de identidad desde un campo sin tiempo y espacio, es decir, sin un contexto ni un sentido. De esta forma la identidad cultural resulta ser no más que un fantasma de las costumbres pasadas que ronda en nuestra mente y que sin embargo, dirige nuestras vidas aunque no estemos conscientes de ello. No obstante, hablar de identidad cultural, presupone hacer una representación de una colectividad y la manera en que hacemos esta representación de alguna manera deja ver la idea que tenemos sobre lo que significa la identidad y qué implicaciones tiene esta idea en nuestra vida y convivencia con colectividades distintas a la nuestra. Al respecto quiero construir esta representación de “identidad cultural” como una representación de una colectividad apuntando que

(...) no siempre se vuelve tema de una reflexión expresa. Se manifiesta en los comportamientos colectivos, se transmite en la educación, se difunde en los medios de comunicación, se discute en controversias políticas, se expresa en obras culturales y en las formas de convivencia, a menudo de manera implícita y poco consciente (...)³¹

En todo caso todo caso lo que me interesa mostrar es precisamente que si concebimos la identidad cultural desde esta perspectiva, podemos equiparar la identidad cultural a la identidad humana y sostener la defensa de la diversidad

³¹ *Ibid.*, p.71.

cultural de una manera más crítica y menos excluyente. Equiparar estos dos conceptos puede ser muy útil ya que no se defiende la diversidad cultural desde esa democratización del derecho a la diferencia que explicábamos más arriba, sino porque entendemos la importancia concreta que tienen estas representaciones colectivas que llamamos identidades culturales, lo cual se contrapone al sentimentalismo barato que mueve hoy en día la industria cultural, la mejor arma de la globalización.

En otras palabras, lo que nos ocupa en este apartado es mostrar que la identidad tiene una concreción real y que esta concreción real se da de manera natural aunque no se advierta siquiera; el problema que oscurece esta concreción real es cuando tratamos de referirnos a ella. Podemos decir lo siguiente: la identidad es un término que se mueve y se manifiesta desde la vida misma y para la vida misma. La identidad pues, es un rasgo que nos hace singulares tanto a individuos como a colectividades humanas, pero al mismo tiempo puede suscitar puntos que respeten la singularidad desde la mismidad, en eso radica precisamente la equiparación de los términos identidad cultural e identidad humana.

Así mismo, no debemos olvidar que al igual que el término “cultura”, el término “identidad” suscita muchos problemas en un discurso que pretende abordar el tema de la multiculturalidad y la defensa de la diferencia cultural en una nación; en ocasiones corre el riesgo de convertirse, como bien apunta Villoro en un proyecto de liberación que puede ser violento por parte de los grupos étnicos o en general

de los pueblos subyugados en la actualidad por la supuesta cultura de la globalización.

No obstante, como bien marca Luis Villoro <<el término “identidad” es multívoco. Su significado varía según la clase de objetos a los que se aplica>>³². En este caso tendríamos que revisar algunas nociones de “identidad” para ver a qué objetos se les está aplicando el término y si es verdad que tienen un vínculo con la concepción de la cultura; más aún, veremos cómo la identidad no es en sentido estricto referencia a un objeto sino un constructo simbólico y representativo que se encarna en las acciones humanas. Entre estas nociones se encuentra la noción de Villoro donde se pone atención en el significado del término identidad en cuanto a la diversidad cultural; la noción de Manuel Castells, quien nos remite a las formas y el origen de construcción de la identidad personal y colectiva; y a la noción de Mohanty quien mediante su conferencia titulada *Las capas de la yoidad* establece la base de la conformación de la identidad individual, que como veremos más adelante, repercute de manera decisiva en la conformación de identidades colectivas que a su vez dan origen a la diversidad cultural.

2.1.1 Noción de Luis Villoro

Villoro sostiene³³ que el término de <identidad> es un término multívoco y siempre se aplica con relación a objetos. Identificar algo, según Villoro, puede

³² Luis Villoro. “Sobre la identidad de los pueblos” en Olivé León y Salmerón Fernando (eds.), en *La identidad personal y la colectiva*, UNAM, México, 1994, p.85

³³ *Ibid.*, pp.63-78.

significar: 1) señalar las notas que lo distinguen de todos los demás objetos, y 2) determinar las notas que permiten aseverar que es el mismo objeto en distintos momentos. Esta significación dada desde un nivel muy básico se refiere a “singularizar”, es decir, distinguir algo como una unidad en el tiempo y en el espacio. En nuestro caso el término es aplicado a comunidades humanas duraderas con: territorio ocupado, composición demográfica, lengua, instituciones sociales y rasgos culturales, por lo cual ya no podemos hablar de una simple singularización, porque una comunidad no es un objeto sino un grupo de sujetos con intenciones y no basta describir esos rasgos para definir la identidad de un pueblo porque estos rasgos se encuentran insertos en la memoria histórica.

Con base en esto, la identidad puede cobrar un sentido que rebasa la simple distinción de un objeto frente a los demás, debido a que la búsqueda de la identidad presupone la conciencia de su singularidad pero no se reduce a ella. En un segundo sentido identidad puede ser algo que falta y puede llegar a ser una necesidad de primer orden. En este caso, la identidad puede considerarse como la construcción de una representación que establezca coherencia y armonía entre distintas imágenes y presupone la diversidad de relaciones con los *otros*. Esto implica que hay una fuerte necesidad social del individuo para poder oponer un rostro frente al otro. Como dice Villoro:

En la afirmación de una unidad interior que integre la diversidad de una persona, en la seguridad de poder oponer una mirada propia a las miradas ajenas, el sujeto descubre un valor insustituible y puede, por ende, darle un sentido único a su vida³⁴

³⁴ Luis Villoro: *Estado plural, pluralidad de culturas*, Paidós, México, 1999. p.65

Una vez aclarado que la identidad de un pueblo no sólo puede ser concebida como una simple singularización, Villoro pasa a la definición de lo que podría llamarse identidad colectiva, principal vínculo que encuentro interesante entre el término cultura e identidad.

Para Villoro, la identidad colectiva no es una simple entidad metafísica sino que por identidad de un pueblo puede entenderse lo que una persona se representa cuando reconoce a otro como miembro de su pueblo y presenta características en tanto representación intersubjetiva y por lo mismo está sumergida en una realidad común. Por eso, <<El problema de la identidad de los pueblos remite a su cultura>>³⁵.

Otro aspecto medular es el hecho de que la identidad remite a una búsqueda y lo que un pueblo entiende por su identidad puede verse desde las situaciones en que esta búsqueda de identidad es una necesidad. Esta búsqueda colectiva aspira a una construcción imaginaria que podemos oponer al otro y está en relación con las situaciones de dominio y poder de grupos sociales o culturales y abre varias alternativas: el retorno a la tradición, el repudio al cambio, o bien, la construcción de una nueva representación. Es precisamente en este dilema sobre la identidad donde encontramos que una crisis por la identidad no está ligada necesariamente a situaciones de colonización y que también puede referir al derrumbe de una imagen idealizada.

Esta búsqueda de la identidad se plantea en situaciones diversas, que rastrea Villoro: 1) oponer al otro una imagen como defensa, 2) rechazar imágenes ajenas

³⁵ *Ibid.*, p.66

para buscar la unidad y 3) intentar hacer consistente el pasado con un ideal proyectado. Hay que poner mucha atención en estos tres puntos ya que estas respuestas al problema de la identidad pueden ser incorporadas en ideologías, sistemas de creencias cuya función es reforzar el poder político de un grupo y de igual forma podría perderse la identidad de un pueblo y sus verdaderas pretensiones. También hay que recordar que un sujeto social puede hacer suyas distintas entidades colectivas; por ello puede reconocerse en varias identidades, lo cual no es condición necesaria para desmentir la idea de que las culturas y las personas mismas no puedan tener identidad propia sino puros comportamientos productos de la imitación³⁶.

Es donde según Villoro, se establecen dos vías en la búsqueda de una identidad, estas son: la de la singularidad y la autenticidad. En cuanto a la primera nos explica que la representación o imagen de un pueblo no siempre se deja ver; ésta se manifiesta en diversos aspectos y comportamientos colectivos, tales como la educación, los medios de comunicación y obras culturales, lo cual, se hace de manera poco consciente y la encargada de dar consciencia a estos aspectos es la política. Estos aspectos se hacen explícitos por medio de símbolos y narraciones sobre el origen, instituciones políticas y ritos conmemorativos. Sin embargo, en situaciones críticas antes mencionadas se cuestionan esas representaciones y entonces son tema de reflexión filosófica e incluso de una crítica literaria de

³⁶ Véase por ejemplo, la interesante propuesta de Benhabib sobre “los diálogos culturales complejos” y su enfoque de doble vía sobre la política del multiculturalismo que rompen definitivamente con la concepción holista de las culturas, y por ende, de la identidad. Ambas propuestas teóricas están sustentadas en la teoría del discurso de la ética, la constitución dialógica y narrativa del sí mismo, en una concepción de los discursos como prácticas deliberativas y constituyen un modelo dinámico de grupos identitarios. (Seyla Benhabib, *op cit.*, principalmente 1er capítulo “Sobre usos y abusos de la cultura”)

donde salen distintas modalidades teóricas en la reflexión sobre la identidad de un pueblo.

Estas dos vías, la singularidad y la autenticidad, oscilan entre dos modelos opuestos que presuponen dos concepciones distintas de identidad. En ambas se trata de formar una idea de pueblo con la cual nos identifiquemos aunque los procedimientos varían. También, en ambas, se trata de integrar el pasado al futuro pero con énfasis distinto. Mientras la vía de la singularidad está cargada hacia la abstracción, la vía de la autenticidad está enfatizada en una vía de concreción.

La primera reproduce los rasgos singulares que nos caracterizan, ve el futuro a la luz de la historia y la idea de identificar a un pueblo sería distinguirlo frente a los demás. No obstante, esta vía sigue muchos caminos como: 1) singularizar a un pueblo por un conjunto de signos exteriores, tales como la forma de hablar, las preferencias de cualquier ámbito o a símbolos nacionales, íconos locales o héroes en común, rasgos exteriores que adjudican una nacionalidad a quien los tiene; 2) en el ámbito académico se intenta mantener ciertos rasgos culturales propios del pueblo prolongados en su historia y 3) el recorrido por fanáticos de una ideología; donde se intenta encontrar una “esencia” en los pueblos dejando a un lado la consideración del cambio. Esta vía es más complicada ya que genera muchos problemas de convivencia social, por ejemplo, el racismo. También, no toma en cuenta el acontecer histórico, la identidad, desde esta perspectiva es parecida a un fósil, es acabada y no tiene dinamismo.

La otra vía, la de la autenticidad, es donde la imagen de sí mismo de un pueblo es un proyecto, se juzga la historia a partir del futuro elegido y en el

lenguaje ordinario la autenticidad de una persona se entiende como las intenciones que profesa que son consistentes con sus deseos reales y sus comportamientos responden a sus intenciones y creencias efectivos. Es precisamente donde mejor podemos ubicar el término de la identidad pues en ella sí cobra su dinamismo, característica propia. Por eso, dice Villoro que <<Un pueblo comienza a reconocerse cuando descubre las creencias, actitudes y proyectos básicos que prestan una unidad a sus diversas manifestaciones culturales y dan respuesta a sus necesidades reales>>³⁷.

Gracias a esta vía es donde encontramos el vehículo principal que nos lleva de la cultura a la identidad, dando una posible definición de cultura como una representación del mundo única, pero no por tener rasgos “singulares” sino por integrar en una totalidad específica características que pueden presentarse de otra manera, en otras configuraciones; por eso, las mismas aspiraciones y necesidades humanas pueden expresarse de maneras diferentes conformando diferentes monumentos de la identidad humana llamados culturas que son productos de la libertad y la capacidad creativa.

2.1.2 Noción de Manuel Castells

Una vez cimentada la concreción de la identidad por medio de la vía de la autenticidad nombrada por Villoro, es menester poner atención en otro aspecto más de la identidad: su construcción, sus formas y el origen de una búsqueda por

³⁷ Luis Villoro, *op.cit.*, p.75.

la identidad, para lo cual nos sirve traer a colación la noción de identidad ofrecida por Manuel Castells³⁸

Para Castells la identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente. En sus propias palabras <<Por identidad, en lo referente a los actores sociales, entiendo el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido>>³⁹. Como podemos ver claramente, la identidad no sólo tiene concreción en la vida diaria como un rostro que oponemos al otro sino también tiene la connotación de ser un proceso de construcción en el devenir cultural e histórico.

Para Castells la identidad es como un referente de los actores sociales, entiende el proceso de construcción del sentido con base en un atributo cultural, o a un conjunto de atributos relacionados con la cultura que se unifican bajo una identidad, bajo un rostro, mismo rostro que ofrece una prioridad de sentido al individuo y a la colectividad. Entendiendo que se puede tener una identidad plural, que es una fuente de tensión y contradicción tanto en la representación de uno mismo como en la acción social; pero como bien apunta Castells, la identidad debe distinguirse de lo que los sociólogos han denominado roles y conjuntos de roles. Las identidades pueden organizarse en las instituciones dominantes, aunque sólo se convierten en verdaderas identidades si los actores sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización. Son fuentes de

³⁸ Cfr. Manuel Castells, *La era de la información. El poder de la identidad*, vol II, Ed. S. XXI, México, 2000, pp.23-34.

³⁹ *Ibid.*, p.28.

sentido más fuertes que los roles debido al proceso de autodefinición e individualización que suponen. La diferencia básica entre identidades y roles radica en que la identidad organiza el sentido y los roles organizan las acciones y funciones sociales desde una concepción superflua y poco crítica de ellas. Cabe destacar que por sentido, desde la perspectiva de Castells, debe entenderse la identidad simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción.

Castells también distingue formas de identidad y el origen de su construcción:

1) La identidad legitimadora: introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominio frente a los actores sociales, se adecua a teorías del nacionalismo; 2) La identidad de resistencia: aquellos actores que se encuentran en posiciones, condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia, en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad, por ejemplo, las etnias o las comunidades marginales; 3) La identidad proyecto: cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales, construyen una nueva identidad que redefine su posición, busca la transformación de toda la estructura social. Produce sujetos, estos no son individuos, son el actor social colectivo mediante el cual los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia. La construcción de la identidad es el proyecto de una vida diferente, que se expande a la transformación de la sociedad como la prolongación de este proyecto de identidad.

Desde este punto de vista y de acuerdo con la teoría social, las distintas formas de construcción de la identidad, ninguna identidad puede ser una esencia y

ninguna tiene, *per se*, un valor progresista o regresivo fuera de su contexto histórico. Cada tipo de proceso de contracción de la identidad conduce a un resultado diferente en la construcción de la sociedad. El cómo se construyan estos tipos de identidad depende del contexto social. Sin embargo, no me parece que sólo dependa del contexto social ya que a lo largo de la historia los grandes cambios estructurales tanto en la sociedad como en lo político, se han dado por sujetos que de alguna manera se han opuesto a lo que predomina en el contexto social para formar una identidad propia aunque claro estoy de acuerdo en que es una fuente de influencia bastante importante. La historia abunda en ejemplos de esta clase de hombres y mujeres, que con su identidad han logrado hacer cambios en su propio contexto social oponiéndose a él.

Por último, lo que debemos rescatar de esta concepción de identidad ofrecida por Castells es que pone en la mesa de discusión algo que es primordial para entender el papel de la identidad en la concepción de la cultura: la conformación de proyectos comunes que dirigen las acciones de las personas, así mismo, la identidad permite conformar verdaderos aspectos culturales que dan motivo a la vida humana en un sentido verdadero, es decir, que permite el desarrollo de las personas de acuerdo con sus propias pretensiones. Es decir, baja el término de la identidad del peligroso campo de la abstracción rescatándola de convertirse en rol social, estereotipo o incluso nacionalismo, para devolverle su función primordial: concreción de un proyecto verdadero. Por otro lado, habría que discutir el papel de la conformación de una identidad cultural en la vida individual de los sujetos

culturales, es decir, los individuos que forman parte de una colectividad con identidad cultural propia y auténtica.

2.1.3 Noción de Mohanty

Nos hemos referido hasta el momento a cómo se da la conformación de la identidad desde la perspectiva de la acción humana en colectividad sin atender el proceso desde el individuo lo cual parece ser de suma importancia pues es éste el principal actor en la conformación de una identidad colectiva que a su vez dará origen a una identidad cultural y ambos son importantes para esclarecer algunas dificultades que se darán más adelante en relación a dos posturas multiculturalistas muy importantes: el liberalismo y el comunitarismo.

Mohanty⁴⁰ a quien retomaremos para exponer esta parte, atiende el problema de la identidad desde el nivel individual en un sentido diferente al de Villoro, que recordemos, uno de los significados o criterios al hablar de identidad es el de aseverar que algo o alguien es lo mismo en diferentes etapas de tiempo. Para Mohanty, la identidad se da desde la concepción del yo, en respuesta a la pregunta ¿qué hace de mí una persona?, cuya expresión es sumamente ambigua y de alguna manera remite a una concepción de persona en sentido ontológico pues lo que le interesa es el sentido en el que somos personas en general. Así mismo nos da una definición de persona: <<es un ser con una estructura muy compleja, consistente en lo que he llamado capas de yoidad>>⁴¹

⁴⁰ J.N. Mohanty, “Las capas de la yoidad”, en Olivé León y Salmerón (eds.), *La identidad personal y la colectiva*, México, UNAM, 1994, pp.23-35.

⁴¹ *Ibid.*, p.24.

Para Mohanty estas capas de yoidad comprenden la totalidad de una persona. Las capas de un yo son, según el autor, el yo que representa a la persona que soy yo, el yo que simboliza al sujeto y el que simboliza al ego; y partiendo de que no se pueden dividir dimensiones de un ser sin arbitrariedad el autor propone una manera de definirlos: 1) el *sujeto* es la fuente de actos intencionales tales como amar u odiar, en ellos hay una polaridad de sujeto-objeto; 2) el *ego* es la idea de la vida mental interior de una persona en su soledad; y 3) el *yo* es “el ego vestido con las ropas de la sociedad”. De esto, bien podemos deducir, que la idea de identidad que ofrece este autor, es que la identidad es una entidad intencional, tratando de evitar la caracterización equívoca de “entidad intencional” como una entidad cuya existencia es dependiente de uno u otro acto intencional. Para Mohanty, esta entidad intencional es una entidad que en sí misma es fuente de intencionalidad. En cada capa de yoidad es entidad intencional como fuente de esa intencionalidad y su naturaleza consiste en estar relacionado intencionalmente con el mundo y con otras personas. De esta manera los actos intencionales de una persona pueden desaparecer pero la posesión de hábitos, creencias y convicciones permanecen constituyendo lo que es una persona.

Así mismo, Mohanty distingue las dos capas de yoidad de una persona basado en las anteriores dimensiones del ser. La primera de ellas es la materia y el cuerpo, donde pone énfasis en la corporalidad intencional desde un sentido profundo, sin embargo, para pasar a la segunda capa es necesario comprender la vida interna de una manera reflexiva. La segunda capa es referente al modo en como mis experiencias internas constituyen un yo idéntico constante.

De tal modo que desde la perspectiva de las capas de la yoidad la identidad de una persona nunca está cerrada ni fijada de una vez por todas se va configurando precisamente por sus intencionalidades que son producto de ella misma y está continuamente en cuestión, sujeta a ser restablecida y reinstaurada por ella misma. Una persona constituye su identidad misma por sus intencionalidades pudiendo con su capacidad reflexiva modificarla mediante sus actos y su relación con el mundo que también, de alguna manera constituye su identidad que <<(…) es un punto de intersección de numerosas relaciones sociales. Es una construcción social>>⁴²

Cabe destacar que la idea de Mohanty es importante para reflexionar aspectos que han hecho que la identidad se confunda con los estereotipos y los roles sociales conformados por la cultura dentro de una sociedad como parte fundamental de la conformación de una identidad individual aunque esta no sea su intención pues dice que estos roles o estereotipos son solamente la perspectiva subjetiva que tenemos del mundo pero no es objetiva. Sin embargo, también apunta a que una persona no es sólo estas capas de yoidad pues no es solo un sujeto de representaciones sino de acciones y valores ante los cuales esta llamada a tomar decisiones y nuevas proyecciones de su ser. Por lo tanto, concluye Mohanty que la identidad tiene un sentido, y éste es el no dejarse desintegrar y a unificar sus acciones y creencias, sin tener que determinarse de una vez y para siempre.

⁴² *Ibid.*, p.31.

Al respecto de esta interesante conferencia puedo agregar que lo fundamentalmente importante en cuanto a la identidad personal en relación con la identidad humana y la identidad cultural es que la identidad no puede ser la finalidad de la cultura, sino su camino a recorrer, la manera en la que se apropia el pasado para su proyección en el futuro. Es decir, que la identidad es fundamental para explicar diversos fenómenos culturales y la existencia de la misma, por lo cual, esta unión no debe ser enfocada en la mera funcionalidad sino en la copertenencia del binomio individuo-sociedad.

2.2 Noción de cultura desde la perspectiva de la identidad

Una vez que hemos hecho un recorrido por algunas de las nociones de identidad y de cultura, desde la perspectiva del individuo como la de la comunidad, es necesario aterrizar qué importancia tiene en la construcción de una noción de cultura la identidad para poder identificarla como parte fundamental de la identidad humana y poder dar estos términos (identidad cultural como parte fundamental de la identidad humana) como criterios de reflexión en la cuestión de la defensa de la multiculturalidad. En palabras llanas buscamos una justificación para incluir estos criterios para poder afirmar que la cultura es un monumento de la identidad humana como reza el título de esta tesis y que es necesario para la plena realización de la vida humana.

Siguiendo este camino propuesto y teniendo presentes las preguntas que se intentan responder en este trabajo, a saber, ¿si es necesaria la cultura? y ¿qué necesidad satisface? podemos decir que la identidad humana se nutre de la

identidad cultural formando parte en su desarrollo y que siendo la identidad humana un constructo que se diversifica podemos decir que la identidad cultural es producto de esa diversificación causada por la libertad humana, libertad que forma parte indispensable del ser humano como ser cultural. De esta manera la cultura y la identidad son indispensables para la realización de la vida humana. No permitir el desarrollo cultural de cada pueblo y cada persona es sabotear la realización de la identidad humana de cada ser humano en su condición de ser libre.

Retomando lo expuesto sobre Echeverría quien desde su perspectiva marxista revisa las actividades humanas para la reproducción de las condiciones materiales para la satisfacción de las necesidades y quien da cuenta de la extrañeza que causan las diferencias tan marcadas que se dan en la realización de estos productos, hay que tomar en cuenta la existencia tangible de la dimensión cultural donde parece que es el mejor lugar para ubicar a la identidad como fuente primordial de sentido de la cultura. La dimensión cultural, es por tanto, la realización concreta y plena de la identidad humana.

Como vemos, la cultura es una dimensión existencial en donde el sujeto concretiza su identidad, de tal manera que podemos concluir que la idea de dimensión cultural de Echeverría es importante para la diferenciación de una identidad cultural estereotipada, propia del domino, a una verdadera que asienta sus bases en la identidad humana en su condición de ser libre.

La noción de cultura desde el campo de la identidad, es por tanto, una realidad que mediante la búsqueda de una identidad personal imprime de sentido a todas

las actividades culturales que se realizan en el contexto social, actividades que en primer sentido tienen la intención de satisfacer necesidades de primer orden pero que encuentran un sentido trascendente a la mera satisfacción de necesidades; por eso, para que la cultura tenga sentido es necesario que la identidad de los individuos y de las colectividades formadas por los individuos sea concretizada en la vida real mediante sus condiciones de reproducción de vida social que son producto de la identidad humana y que permite al mismo tiempo la realización de ésta.

2.3 Balance crítico

No obstante, desde la época de la reproductibilidad técnica⁴³ ha surgido un problema que amenaza la integridad de la identidad cultural en el sentido concreto que hemos construido y con ello el desarrollo de la identidad humana de las personas y las culturas: la industria cultural, principal arma de la globalización que se da por la homogeneización de las formas y métodos técnicos de la reproducción de vida social de una cultura sobre otra. Es importante mencionarla porque no es suficiente asumir una postura sobre la noción de cultura desde la identidad sin atender los problemas que pudiera suscitar o cómo podría ser entendida.

Este problema de la producción en masa de los bienes culturales sobre todo en el ámbito del arte que es una de las formas más sublimes de expresión de una cultura es más grave de lo que parece pues la globalización gana terreno día a día

⁴³ Al respecto de este concepto consúltese la interesante obra de Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*, Itaca, México, 2003.

porque dándose cuenta de la importancia de la búsqueda o la proyección de la identidad de los sujetos insertos en una cultura por medio de las actividades de reproducción de vida social, se aprovecha de ello para convertir la identidad cultural en un vano negocio y con él lograr cierta homogeneidad y superioridad de los intereses particulares de un grupo dominante. Es decir, la identidad cultural se pone a la venta al mejor postor, equiparando cultura con la ideología del entretenimiento y la venta de identidades que no son generadas desde la cultura misma sino desde una fábrica de sueños.

Adorno y Horkheimer sostienen que <<La racionalidad técnica [producto del predominio de los ideales de la ilustración] es hoy la racionalidad del dominio mismo. [y] Es el carácter coactivo de la sociedad alienada de sí misma>>⁴⁴ El ser humano en el afán de facilitarse las actividades para la satisfacción de necesidades ha optado por la industrialización de esas producciones de manera desmedida, <<la técnica de la industria cultural ha llevado sólo a la estandarización y producción en serie y ha sacrificado aquello por lo cual la lógica de la obra [cultural humana] se diferenciaba de la lógica del sistema social [de dominación]>>⁴⁵ Ese sacrificio ha sido desde luego la identidad cultural que producida y vendida por medio de los bienes culturales deja de lado su relación con el sujeto de su producción convirtiendo a este sujeto en un objeto del cual poder sacar un provecho económico. Bajo este contexto, somos consumidores de “cultura” no sus productores. Por eso es necesario recordar que los productos

⁴⁴ Cfr. Adorno y Horkheimer, “La industria cultural, ilustración como engaño de masas” en Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la ilustración*, Trotta, Madrid, 2006, p.166

⁴⁵ *Idem.*

culturales no son mercancías a la manera de la industria cultural y que la cultura comprende el cultivo de las actividades humanas para la satisfacción de las necesidades básicas y espirituales, la identidad juega un papel decisivo al ser la concreción real del sentido primordial que trasciende a la simple satisfacción de necesidades; dentro de estas actividades definidas como culturales, la identidad humana imprime un sentido de existencia a la cultura, pues es la que da sentido realmente humano a la cultura como una expresión única que parte de la diversidad de la identidad humana a diferencia de la industria cultural que absolutiza la imitación y la homogeneidad. Con esto se atrofia la imaginación y la espontaneidad de los actores culturales mientras que en el otro sentido la cultura era producto de esa espontaneidad y capacidad creativa. Además la cultura en su nexo con la realización de la identidad personal y colectiva también es producto de la comunidad social y sus redes internas, lo que produce la industria cultural es una serie de personas escindidas que buscan comprar su identidad en algún centro comercial olvidando que ésta proviene precisamente de su actuar en el mundo como productor de realidad.

Por eso, de ninguna manera la equiparación de identidad cultural como identidad humana podría sostenerse sobre una noción de cultura basada en la identidad a la manera en que la concibe y la utiliza la industria cultural y es indispensable distinguir una de otra. Una suscita la barbarie disfrazada de diversión; la otra, la creatividad y la verdadera acción social.

En este sentido la identidad cultural de una persona tiene la tarea de conformar la identidad personal e incluso nuestra identidad como seres humanos mediante la

reflexión para actuar en beneficio del medio social en el que nos desenvolvemos sin ocultar las verdaderas pretensiones y aspiraciones de las personas tras los roles sociales y los estereotipos dándole un sentido verdadero a la vida misma, y con ello, dándole sentido a la existencia de la cultura como una dimensión en la cual cada individuo participa para el beneficio de todos aspecto ético único desde el cual se puede hablar de una verdadera convivencia humana.

La noción de cultura desde el campo de la identidad queda enunciada como la dimensión real y concreta, desde la cual los individuos conforman una identidad propia y en su interacción social crean una identidad colectiva que imprime de sentido a la vida misma.

Los límites y alcances de este capítulo son claros. Intenta marcar una noción no una definición, es sólo una perspectiva de la identidad como un criterio ético que debe ser tomado en cuenta para una noción de cultura, marcando que para la defensa genuina de la diversidad cultural que no deben surgir de un sentimentalismo por el nacionalismo nacido de la opresión, funciona como una especie de criterio o valor que permite replantear nuestra identidad humana y la comprensión efectiva de sus problemas. No se trata de defender la diversidad cultural desde una identidad basada en el sentimentalismo que podría aprovechar la industria cultural para ganar terreno a favor de la globalización o defenderla por el interés de encontrarle una funcionalidad en el sentido de la sociedad inmersa en la industrialización, por el contrario, se trata de sacar de las tinieblas de la enajenación propia de la industria el término identidad para darle su debida

importancia en la concepción de la cultura, que si bien no la define, le da un sentido de existencia propio y genuino y por lo tanto de defensa.

También debo indicar que no me interesa en esta investigación establecer las bases filosóficas de un proyecto de nación o proponer un Estado plural, lo que me interesa es buscar múltiples sentidos que impriman de sentido a la vida misma no que revelen un destino y el tema de la identidad humana vista como sentido, rescata muy bien ese aspecto vital creando verdaderos monumentos vivientes llamados culturas.

Capítulo 3

LOS SENDEROS DE LA IDENTIDAD: INTERCULTURALIDAD O GUERRA DE IDENTIDADES

*“El entretenimiento es traición”
Theodor Adorno*

Hasta el momento se ha tratado de rescatar los términos identidad y cultura de la oscuridad de la metafísica con la mera intención pragmática de mostrar su importancia en la vida concreta y material. Sin embargo, el ser humano inclusive rigiendo su vida bajo una racionalización homogénea en la reproducción de su vida material para satisfacer sus necesidades más básicas como comer y vestir, ha dado muestras de su necesidad de plasmar algo de sí mismo en esta reproducción material, su necesidad no sólo es básica sino digámoslo así espiritual, o mejor aún, intentando disolver esa dicotomía entre materialidad y espiritualidad, llamémosle una necesidad fundamentalmente humana. El ser humano como ser cultural no sólo anhela producir objetos sino recrearse en ellos. En otras palabras, necesita de algo trascendente que no encuentra en la mera reproducción mecánica de su vida material.

En este capítulo pretendo rescatar esa parte humana nombrando a ese algo que aparece y causa extrañeza en los productos de la reproducción de la vida social: la identidad cultural, que como veremos a lo largo de esta investigación, es la propiedad de los productos materiales donde podemos vislumbrar algún tipo de identidad humana vital que hemos venido construyendo.

Para ello, tenemos que auxiliarnos de un término que permite diferenciar los productos culturales, donde se concretiza materialmente la identidad cultural vital, de los productos de la llamada “industria cultural”. Ese término de suma importancia para el debate filosófico sobre la identidad cultural es el del simbolismo, un vínculo entre sujeto y objeto. Así, sostengo que el carácter metafísico de la identidad cultural extendiéndose hasta los problemas que suscita el multiculturalismo, es el simbolismo mismo de la identidad humana, identidad no unívoca sino múltiple. Por lo cual, como dijo Sartre “el hombre está condenado a ser libre”.

Me interesa remarcar la importancia de la concepción simbólica de la cultura para insertar el término identidad como fundamento de la defensa de la diversidad cultural como un concepto más próximo a la sociedad en general y no sólo para los estudiosos de la filosofía. Así mismo, cabe desatacar que este camino que recorro pretende atender el problema que ha suscitado la defensa de sociedades multiculturales basadas en la moda por la identidad y la cultura, que a mi parecer es el de caer en la otra cara de la identidad: la industria cultural.

Explicitando algunos de los rasgos que caracterizan la sociedad contemporánea multicultural inserta en el proceso de globalización y por ende en un proceso irreversible de homogeneización cultural, como lo es la misma industria cultural, podemos acceder al corazón mismo de la justificación y defensa de sociedades multiculturales: la problemática de la identidad cultural como conflicto social.

La tesis que se sostiene es que dentro de este mismo conflicto podemos hallar una solución para reforzar la defensa de la diversidad cultural ya que la situación de homogeneización cultural suscitada por la globalización ha dado muestras de no satisfacer las necesidades humanas sino de hacerlas más grandes y vacías, y siendo un poco atrevida, diría que ni siquiera las necesidades más básicas como la alimentación y la vivienda son plenamente satisfechas ya que abunda el hambre, la violencia y la apatía por las actividades culturales e intelectuales.

En una sociedad multicultural contemporánea como la nuestra, la búsqueda, conformación y realización de la identidad cultural es un problema social ya que el mismo proceso de globalización ha trastocado las formas de reproducción social de la vida material, vendiendo la propia cultura como una mercancía, objeto que de ninguna manera satisface la necesidad humana de poseer una identidad propia.

Por último, un objetivo colateral sería mostrar a través de todo este discurso que la solución a los problemas que suscita la multiculturalidad y las relaciones de conflicto entre las culturas coexistentes bajo la misma bandera, no está fuera de los sujetos sociales considerados como civiles, es decir, que la solución a este problema no sólo se encuentra del lado del poder gubernamental o económico. La población civil, aparentemente ajena al poder y la economía que rige la nación, también puede participar en el proceso de lograr una mejor relación intercultural apelando a la identidad humana de estos grupos culturales. Su participación ciertamente se inserta en un plano ético, no político ni económico pero puede influir en ambos.

La hipótesis que podría regir este capítulo es que si como civiles empezamos a considerar como tema de reflexión nuestra escasa participación en la producción y consumo de los productos culturales, así como nuestro desmesurado consumo de los productos de la industria cultural, tal vez logremos tener mayor influencia en la conformación de una identidad personal propia y después de una identidad cultural genuina y crítica, las cuales podemos oponer al otro sin considerarlo como un enemigo. Es decir, tal vez desde la vida social aparentemente desvinculada de los aspectos económicos y políticos que rigen nuestra vida como nación, podemos minar el proceso irreversible de la globalización considerando al otro, con identidad cultural diferente, como mi igual, como mi compañero en la búsqueda de identidad y no como una amenaza.

La identidad como concepto clave en la defensa de la diversidad cultural nos conduce al menos por dos senderos: uno de ellos, el más provechoso, es la interculturalidad misma. No obstante, también conduce a la guerra de identidades si la identidad plasmada en los productos de la vida material no es auténtica. Esa es precisamente la advertencia que pretendo remarcar en este capítulo.

3.1 La identidad cultural: símbolo de la identidad humana

Salcedo sostiene en su recién publicado libro *Tradiciones democráticas en conflicto y multiculturalismo* que «La reflexión acerca de las sociedades contemporáneas está condicionada por dos constataciones principales: por la

disociación creciente del universo instrumental y el universo simbólico (...)>⁴⁶ Esta dualidad propia de la modernidad hace tambalear el equilibrio sano que debiera existir entre la industrialización del mundo y la libertad personal y colectiva.

A propósito de este universo simbólico que es lo que me interesa analizar en este apartado, podemos decir, sin temor al error, que el proceso de la globalización ha mermado de forma insondable esta parte simbólica de su universo material otorgándole prioridad al universo instrumental que ha dominado la mente de occidente desde inicios de la época ilustrada teniendo como consecuencia una insatisfecha libertad personal y una aparente tolerancia ante la multiplicidad de formas de expresión simbólica en la sociedad multicultural contemporánea, tolerancia que en realidad degenera en indiferencia. Las personas son libres de conformar su identidad pero solamente dentro de los marcos que delimita la industrialización, como sostienen Adorno y Horkheimer: <<Para todos hay algo previsto, a fin de que ninguno pueda escapar; las diferencias son acuñadas y propagadas artificialmente>>⁴⁷.

En el primer capítulo retomamos un concepto acuñado por Echeverría para dar sentido a la existencia de la cultura. Este concepto, la “dimensión cultural” refiere a aquel aspecto que se encuentra en el fondo de la reproducción de la vida social como algo trascendente al orden de reproducción natural. Dentro de ese orden de reproducción natural de la vida social podemos avistar los primeros esbozos de una concepción que rescate el valor del universo simbólico como parte

⁴⁶ Alejandro Salcedo, *Tradiciones democráticas en conflicto y multiculturalismo*, México, Plaza y Valdés-FES Acatlán, 2007, p.29.

⁴⁷ Adorno y Horkheimer, *op.cit.*, p.168.

fundamental de la vida social así como de su importancia en la vida humana como concretización de la identidad cultural.

Por otro lado, a lo largo de esta investigación la cultura ha quedado enunciada, de acuerdo con la terminología de Echeverría, como la dimensión real y concreta desde la cual los individuos conforman una identidad propia y en su interacción social crean una identidad colectiva que imprime de sentido a la vida misma. No obstante, decir real y concreta no es sinónimo de material en un sentido enajenado, al menos no es posible considerarla como separada del simbolismo propio de donde surge precisamente la identidad cultural impresa en la materialidad, tal vez ni siquiera en la industria cultural pues por más absurdos que sean los sueños que su fábrica promete cumplir los consumidores tienen la intención de satisfacer ambos polos de su necesidad humana, tanto la material como la espiritual en una unidad de representación. De hecho, esta división espiritual-material me parece absurda. La vida material forma parte de la vida espiritual y la espiritual se encarna en lo material, lo que tenemos es materialidad simbólica. La identidad humana pues, se observa en el proceso de reproducción social debido a su multiplicidad de formas, a las cuales llamamos identidades culturales, lo que nos llevará a buscar la relación que se da entre el sujeto y el objeto en la concreción de la vida. En ese proceso de reproducción social lo esencial es la diversidad de la identidad humana, lo que a su vez constituye la dimensión cultural, donde el sujeto construye pero también se retroalimenta. Pero para dar cuenta de esta dimensión cultural y de su importancia en el universo

simbólico es necesario recalcar una fase importante en el proceso de producción de la vida material.

Echeverría⁴⁸ nos dice que el ser humano en su temporalidad busca crear una dimensión propia y es en ella donde se hace evidente el presente más allá del simple acontecer. Se da, por decirlo así, una metamorfosis orgánica donde el ser humano encuentra su devenir, su reconfiguración y su realización política. Dentro del proceso de producción social se dan dos versiones del sujeto en cuanto a las dos fases de este proceso, la de producción y la de disfrute, en esta última, se hace visible la dimensión cultural, por otro lado, hace falta explicitar la tensión que necesariamente se da entre el sujeto productor y el objeto producido, tensión que se resuelve en el proceso comunicativo, proceso que conforma al ser humano y que es la variante esencial que lo distingue del resto de los organismos del mundo natural. Esta comunicación entre sujeto-objeto hace al ser humano un animal semiótico, es decir, que tiene la capacidad de alterar la identidad social mediante la producción y consumo de significados.

La tesis que Echeverría desea sostener en torno a esta explicación del proceso de producción social y el proceso comunicativo es que en ellos hay algo esencial. Dice Echeverría que el ser humano es un ser político, por lo tanto semiótico, es en ello donde encuentra su esencia racional distinguiendo entre la semiosis lingüística y la semiosis práctica. Esta distinción hace ver que la forma de los objetos prácticos son mensajes en donde se conforma y se transforma la identidad cultural. Por lo tanto, la identidad cultural como parte de la propia identidad

⁴⁸ Cfr. Bolívar Echeverría, *op.cit.*, lección III.

humana se convierte en mensaje inserto en el proceso de la comunicación intersubjetiva primero a nivel personal y luego se extiende a nivel general intercultural.

3.2 La identidad en el proceso comunicativo

Una vez que la identidad cultural se inserta en el plano de la acción comunicativa entre sujetos culturales, podemos decir que la cultura misma al igual que la identidad se convierte en lenguaje, en expresión. De hecho, desde la perspectiva de Echeverría, el lenguaje refiere a una capacidad en especial. El lenguaje es la capacidad de producir y consumir palabras y es el elemento fundamental de la cultura debido a que el lenguaje no sólo es un canal comunicativo cualquiera, es también privilegiado porque se entrega completamente a su empresa, es decir, a la concreción de la identidad, a diferencia de otros procesos de producción social, va penetrando en ellos modificándolos en su realización. No obstante, dentro de una sociedad alienada donde el lenguaje es precisamente el instrumento de alineación me surge la pregunta: ¿no será que al tratar al lenguaje como un instrumento estemos de alguna manera perdiendo la capacidad de explotar nuestra identidad cultural?

De acuerdo con María de la Luz Casas quien afirma que:

(...) la cultura ha sido el campo de estudio propio de la antropología; no obstante, desde el fenómeno mismo de la hibridación, hoy la cultura debe ser vista como ese espacio multidimensional en el que el hombre se expresa, y por lo tanto, ha de ser abordado no sólo desde la antropología, sino desde disciplinas diversas.⁴⁹

⁴⁹ María de la Luz Casas“. La otra piel de la cultura: comunicación e identidad en el nuevo milenio” en Béjar N. y Rosales H. (coords), *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas*, México, UNAM/CRIM, 2005, p.181.

podemos enfocarnos a la perspectiva de la identidad desde el campo de la comunicación. La identidad entonces se vuelve material de comunicación.

Ahora bien, si la identidad es material de comunicación también es consumida pero no como mera mercancía sino como materia prima de la expresión humana. La comunicación es reconfiguración de identidades y siguiendo a Mohanty quien dice que <<En todas estas dimensiones de su ser, una persona es una entidad intencional>>⁵⁰, la comunicación misma modifica las intenciones de cada persona que se ven reflejadas de manera objetiva en su misma expresividad desde un nivel personal. ¿Qué pasa entonces a nivel social?

Si a nivel personal, la identidad como fondo ontológico de la expresividad es un problema debido a que a pesar de ser la expresión objetiva no queda del todo claro para el otro sus intenciones, menos a un nivel social. Las intenciones de una entidad cultural se reflejan en su expresividad materializada en los productos culturales de su reproducción social de una manera objetiva pero su acogimiento desde la mirada del otro no siempre es objetivo y si lo fuera aun así no siempre es provechosa como veremos en las siguientes líneas.

La comunicación es, de acuerdo con Casas, un dispositivo para la reconstrucción social. Así mismo se ve como un proceso que toma como eje central el fenómeno de la construcción de identidades partiendo de la premisa de que la comunicación y los recursos simbólicos son los elementos fundamentales de apropiación para la construcción de identidades individuales y colectivas. La cultura desde esta perspectiva se entiende como un conjunto de procesos sociales

⁵⁰ J.N. Mohanty, *op.cit.*, p.25.

de significación, o como proceso de producción, circulación y consumo de significación en la vida social, pero también como aquello que funcionando como un signo permite conocer el mundo y hablar de él.

El problema surge cuando estamos insertos en el proceso de globalización y la era de la información ya que el movimiento comunicativo adquiere mayor rapidez y con ello menor reflexión. La identidad se vuelve, por usar la terminología de Casas, porosa y en cuanto más porosa es una identidad son mayores los espacios que hay que llenar. Esos espacios, me parece, son posibilidad de reflexión pero también son espacios para que gane terreno la industria cultural si no hay verdadera apropiación de esos recursos simbólicos por parte de los sujetos sociales.

Esta porosidad de la identidad hace que la articulación permanente de las identidades sea un problema, convirtiendo la identidad cultural en pura ilusión y engaño. Los poros de la identidad se llenan con el abanico de posibilidades que dan los medios comunicativos pero a manera de menú, el sujeto social ya no participa activamente en el proceso de llenado de los poros sólo permanece receptivo. Por eso, debido a la influencia de los medios de comunicación, la defensa de identidades es un dilema, pues la resistencia ante la globalización es aparente por la misma pasividad en el proceso comunicativo del ser social. Su identidad ya no es auténtica sino adquirida, comprada y promocionada, vendida.

Ante esta situación, Casas afirma que <<Hoy la tecnología de comunicación es vista como *la nueva piel de la cultura*>>⁵¹. Sin embargo, en parte, no estoy de

⁵¹ María de la Luz Casas, *op.cit.*, p.188.

acuerdo debido a que la tecnología de la comunicación en nuestros días se encuentra dominada bajo el monopolio de los países con mayor avance tecnológico principalmente los dominados por el pensamiento occidental, mientras que los países con atraso tecnológico sólo pueden limitarse a adquirir estas nuevas tecnologías de la comunicación haciendo uso de ellas pero no siendo participes de su producción, que recordemos, de acuerdo con Echeverría, es donde puede asomarse la identidad cultural. Sí transformamos esos medios pero no los producimos, no los reconfiguramos. Si la tecnología es la otra piel de la cultura, entonces necesitamos cambiar de piel, ya que esta piel es adquirida nuestra identidad cultural puede volverse inauténtica y acrítica si no usa debidamente la tecnología y si la información es asimilada de manera irreflexiva.

Como bien apunta Villoro: <<Tan inauténtica es una cultura que reivindica un pasado propio, como la que repite formas culturales ajenas (...) Un pueblo comienza a reconocerse cuando descubre las creencias, actitudes y proyectos básicos que prestan una unidad a sus necesidades reales>>⁵².

La comunicación y el intercambio tecnológico indiscriminados de las sociedades, culturas y naciones que yacen bajo el sol de la globalización, se convierten en su mejor arma: en la industria de la cultura. Los bienes producidos por una cultura para la satisfacción de sus necesidades básicas con el plus de la identidad cultural que presta sentido y unidad a esos procesos, se ven reducidos a mercancía para satisfacción de necesidades básicas y necesidades creadas ¿pero dónde queda la identidad?, también es vendida y de hecho es la principal

⁵² Luis Villoro, *Estado plural, pluralidad de culturas*. México, Paidós, 1998, p.75.

mercancía que promete a sus consumidores, todos podemos comprar la identidad de “Madona” vistiéndonos como ella.

La modernidad cuyo propósito es racionalizar la naturaleza para satisfacer las necesidades humanas con premura, es una posible causa del desarrollo de la globalización que no ve más allá de estas necesidades, se encuentra ciega a la necesidad de identidad propia del ser de la expresión: el ser humano.

Como bien dice Casas: <<(…) la modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esa unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y de contradicción, de ambigüedad y angustia>>⁵³. Retomando a Wolton, <<Ése es precisamente uno de los contrasentidos de la globalidad: confundir la necesidad de movilidad, de intercambios, de libertades, de interacciones, con la necesidad de identidad y cultura>>⁵⁴. Cabe hacer una aclaración. Yo sostengo que de verdad hay una genuina necesidad por la identidad; no obstante, el contrasentido de la globalidad no toma esta necesidad en el mismo sentido que se toma aquí. La globalización en todo caso, toma la necesidad de identidad no como una necesidad primordial humana sino como principal arma de dominio. La identidad desde la perspectiva no es fundamento de cultura sino de ideología y recordemos que la ideología, en su sentido peyorativo, es el conjunto de creencias no justificadas que tienen la función social de mantener el poder bajo el monopolio de un Estado absolutista, sin tomar en cuenta la pluralidad cultural.

⁵³ María de la Luz Casas, *op. cit.*, p.183.

⁵⁴ *Ibid.*, p.195.

Recordemos algo más antes de pasar al análisis de la industria cultural como la otra cara de la identidad que ya hemos anunciado: <<Ser distinto por necesidad es lo mismo que ser libre. La expresión es la forma ontológica de la libertad: toda libertad, es *libertad de expresión*>>⁵⁵ La identidad es necesaria para la verdadera libertad de expresar, <<La preservación de la propia identidad es un elemento indispensable de la resistencia a ser absorbidos por la cultura dominante>>⁵⁶.

3.3 La otra cara de la identidad: la industria cultural

La identidad cultural es entonces una necesidad que surge de la identidad humana para la conformación de su vida social y como fundamento ético para la defensa de la diversidad cultural.

(...) la llamada globalización ha conducido a la formación de una sociedad planetaria, en la cual ha dominado algo que por ahora vagamente podemos denominar <<cultura occidental>> (...) En ningún caso, sin embargo, la cultura dominante ha logrado eliminar a las otras culturas.⁵⁷

El problema ante el cual nos enfrentamos remite a la pérdida de identidad cultural con sentido real. Los medios masivos de comunicación y el avance tecnológico han propiciado lo que Casas ha denominado la paradoja de la modernidad “la unión de la desunión”. Por un lado, el exceso de información vuelve porosa la identidad cultural de un grupo social, y por otro lado, la tecnología promete llenar esos poros ofreciendo y poniendo al alcance de todos, por medio del internet y la comunicación satelital, la identidad de culturas ajenas, el problema radica en que los medios de comunicación y tecnológicos no dan cuenta o no

⁵⁵ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p.153.

⁵⁶ Luis Villoro, *op.cit.*, p.67.

⁵⁷ León Olivé, *op.cit.*, p.36.

hacen explícito ni promueven la verdadera apropiación de esos bienes simbólicos, proponen una solución creando un problema mayor: la industria cultural y el bombardeo indiscriminado de información.

En mi opinión, la supuesta malignidad de la tecnología es un prejuicio difícil de superar, ya que no se les da rostro ni a los medios de comunicación ni a la tecnología, se habla de ellos como objetos abstractos con intenciones propias; sin embargo, estos están al servicio de personas con verdaderas intenciones, las personas que los producen puede ser que pretendan hacer un bien a la humanidad pero las personas en el poder tanto económico como político no siempre pretenden un bien común, muchas veces su intención es refirmar su dominio propiciando una fuga de identidad, la identidad cultural genuina huye a través de los medios masivos de comunicación y tecnológicos, pero regresa transformada en mercancía.

Este término de la industria cultural es acuñado por Adorno y Horkheimer, en los albores de la época de oro de la reproducción técnica de los rasgos humanos, tales como el arte. Basados en Walter Benjamín⁵⁸, la época de la reproductibilidad técnica propiciada por la ilustración o mejor dicho, por la transvaloración de los valores primordiales de la ilustración, amenaza el aura de los bienes artísticos, y los bienes artísticos son también productos que materializan el simbolismo de la identidad cultural, con cierto temor al error, podemos hacer análogo el término de aura por el de identidad cultural, ya que en el arte esta aura es concebida como el aquí y el ahora de la experiencia estética que refiere al disfrute de un bien cultural:

⁵⁸ Véase, Walter Benjamín, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Itaca, México, 2003

la obra de arte, producto de la identidad cultural. Extendido hasta los demás productos culturales tales como la comida y la vivienda, el aura perdida, se convierte en un arma de la globalización al trasvalorar la identidad cultural propia de los productos culturales en identidad cultural falsa en los productos de la industria cultural. La cultura y la identidad se convierten en mercancía. Así pues, la ilustración se convierte en engaño de masas aprovechando la necesidad de identidad cultural para sostener situaciones e ideologías de poder y dominio político y económico.

Adorno y Horkheimer apuntan con toda razón que:

Toda cultura de masas bajo el monopolio es idéntica, y su esqueleto —el armazón conceptual fabricado por aquél— comienza a dibujarse. Los dirigentes ya no están ya en absoluto interesados en esconder dicho armazón; su poder se refuerza cuanto más brutalmente se declara⁵⁹.

La globalización ya no tiene que estar oculta, brilla como un sol por encima de la pluralidad cultural reafirmando su dominio sobre éstas mediante su promesa de identidad cultural.

La participación social es nula cuando el monopolio económico o político impone su poder ante las culturas marginadas y reafirma su ideología al prometer facilitar la satisfacción de necesidades. El típico mercado mexicano donde se podía regatear el precio de los productos que producían los propios agentes sociales es remplazado por el monstruoso centro comercial donde el precio es uno y los productos provienen de las manos de las máquinas que usan como combustible nuestra propia sangre y sudor. Nuestra identidad cultural simbolizada en la materialidad de los productos culturales se pierde transformándose en un

⁵⁹ Adorno y Horkheimer, *op.cit.*, p.166

arma de nuestra propia destrucción. Como bien apuntó Villoro en una conferencia pronunciada en 1999 “Frente a la racionalización de la naturaleza el hombre enfrenta el peligro de la destrucción de su morada” la identidad cultural.

Por lo tanto, <<En la industria cultural el individuo es ilusorio no sólo debido a la estandarización de sus modos de producción>>⁶⁰ sino a la estandarización de su apropiación ya que en ellos, los productos materiales para satisfacción de las necesidades ya no plasma su identidad cultural ni reflexiona ante ella para reconfigurar su vida social y personal; es más ya no es partícipe de esa producción, es un simple consumidor y peor aún, un consumidor sin conciencia. La industria cultural promueve la atrofia de las capacidades simbólicas e imaginativas del ser humano robándole su propia identidad. En lugar de ser partícipes de la conformación de la identidad personal y cultural, somos los desarraigados de lo que forma nuestra propia identidad.

El valor de culto que se haya en los bienes culturales primordial para la construcción de identidad queda sustituido por la mera celebridad tan carente de identidad como su propia efimeridad, su temporalidad ya no significa nada en su historia y al preferirse el valor mercantil sobre el valor de culto se pierde la crítica ante su consumo. <<La cultura es una mercancía paradójica. (...) Es demasiado evidente que se podría vivir sin la entera industria cultural: es excesiva la saciedad y la apatía que aquélla engendra necesariamente entre los consumidores>>⁶¹. Pero promete aparente felicidad, aparente satisfacción de la necesidad primordial

⁶⁰*idem.*, p.199.

⁶¹*Ibidem*, p.206.

humana, la de identidad cultural. La industria cultural no promete identidad propiamente, lo que promete es ideología disfrazada de identidad original. <<La perfecta semejanza es la absoluta diferencia. La identidad de la especie prohíbe la identidad de los casos individuales. La industria cultural ha realizado malignamente al hombre como ser genérico>>⁶²; ya no como entidad individual con intenciones propias, hasta nuestras intenciones han sido estandarizadas por la industria cultural, las niñas siguen soñando con el príncipe azul que viene a salvarlas de la represión social.

La ideología que propaga sin embargo, es la ideología del dominio económico y político, crea una necesidad y promete satisfacerla consigo misma: con el negocio. Por eso no podemos decir que la perfección de la técnica de la industria cultural que lleva a la estandarización de los bienes culturales sacrificando su valor de culto que podemos hacer análogo a la necesidad de identidad cultural, no se atribuye propiamente al desarrollo de la técnica, sino más bien, a la satisfacción de los intereses de unos cuantos.

Como estudiosos de la filosofía debemos tomar en cuenta que enfrentarse a la falta de autonomía individual provocado por la industria cultural es sumamente problemático pues al pretender promover la participación social usando los métodos y técnicas de la industria y la comunicación de alguna manera reforzamos estas necesidades creadas y paradójicas.

Podemos decir que nos enfrentamos a conflictos sociales bastante serios y difíciles de resolver debido a que el problema radica en que la expresión cultural

⁶² *Idem.*, p.190.

está bajo los rayos del sol del monopolio económico y político, la cultura se encuentra subyugada por la industria cultural de la globalización: <<Quien no se adapta es golpeado con una impotencia económica que se prolonga en la impotencia espiritual del solitario>>⁶³. Así pues, el ser humano aun viviendo en “comunidad”, experimenta una soledad insondable y aterradora que amenaza destruir su morada: la identidad cultural. Como bien dirían Adorno y Horkheimer inspirados en Nietzsche: “Hablar de la cultura ha estado siempre contra la cultura”.

3.4 La identidad cultural como identidad humana

Hasta aquí hemos podido establecer la identidad cultural como un símbolo que representa una serie de relaciones sociales concretas arraigadas a la realidad de las personas que se identifican con ella, no obstante, aunque se ha venido anunciando, no hemos podido establecer de una manera satisfactoria cómo se identifica la identidad cultural con la identidad humana y de qué manera esta identificación podría ser un criterio importante en la valorización de la diversidad cultural. Hasta el momento se le ha visto como parte de ella en el sentido de que “el ser humano hace cultura como ser libre que es” y se nos ha escapado precisamente un aspecto primordial del significado de la palabra cultura: cultivo. Haciendo alusión a aquel refrán tan popular “el ser humano cosecha lo que siembra” podemos decir también que “el ser humano cultiva su ser mismo” para ello ha puesto especial atención desde hace ya mucho tiempo en el estudio de su

⁶³ *Idem.*, 178.

ser por medio de múltiples disciplinas, la ontología, la antropología, la genética, etc. No obstante, la filosofía y la antropología han puesto especial atención en esta semilla llamada cultura que ha hecho florecer el ser de la humanidad pero la ilustración como engaño de masas que hemos expuesto como parte de la industria cultural y la globalización obstaculizan no sólo nuestro estudio sino la cosecha de estas semillas a ser cultivadas por sus productores que pienso no podrían florecer de ninguna manera en alguna fabrica y mucho menos en el laboratorio de las ciencias humanas, donde esta semilla ha sido la principal urdimbre que científicos e intelectuales destejen constantemente para conocer su complejo entramado. Pienso que si la pregunta por nuestro ser lo mueve el simple deseo de conocer y no lo lleva a la acción efectiva posiblemente seria mejor no conocer porque de esta manera deshilar la urdimbre no serviría para desenredar los nudos que surgen en su entramado sino para destruirla.

La distinción entre la identidad cultural como dimensión concreta de realidad y la “identidad” promovida por la industria cultural nos permite diferenciar entre dos mundos: el real y el ilusorio. Ambas se presentan como necesidades del ser humano, sin embargo, la identidad cultural concreta promueve los lazos sociales entre las personas, la creación de un mundo común; y la industria cultural crea la ilusión de que “cada cabeza es un mundo” Es claro que <<Los que están despiertos [aquellos que cultivan su identidad cultural] tienen un mundo en común, los que sueñan [los consumidores de la industria cultural] tienen uno cada uno>>⁶⁴.

⁶⁴ Walter Benjamin, *op.cit.*, p.87.

Podemos decir que la identidad cultural está presente en las formas de actuar de los individuos, pero no debe ser vista como una vestimenta comprada en el centro comercial sino como una piel, cuya sensibilidad trastoque los más internos intereses de cada individuo. La identidad es la sangre misma de un pueblo que corre por cada órgano suyo impregnándolo de vida, de conciencia vital y crítica ante sus situación actual.

En cuanto a la respuesta de la pregunta ¿por qué es necesaria la identidad en una sociedad multicultural inserta en un proceso de globalización? Puedo decir que es necesaria para plantear fundamentos para el reconocimiento de culturas marginadas en las cuestiones políticas y sociales que atañen a la nación y de esta manera replantear la cuestión por nuestra identidad humana no como búsqueda sino como construcción y proyecto. Ante estas cuestiones surge la pregunta, por ahora insondable, ¿por qué destruimos esta identidad cultural?

Por un lado, es necesaria la identidad personal por la misma necesidad de vivir en comunidad que, por otro lado, hace necesaria también la pertenencia a una identidad cultural. Por ahora, queda claro que la identidad no debe ser un fin de la cultura, ni una meta sino su camino. La identidad cultural para que de verdad satisfaga la necesidad simbólica del ser humano debe ser símbolo de la identidad humana: la libertad no de recortar el mundo de infinitas formas sino de recrearlo. ¿Por qué la identidad no es una meta de la cultura? Porque no es una cosa, definida por sus rasgos exteriores o su funcionalidad, es un camino y ya que no vemos su final, sólo podemos conocerlo por las pisadas dejadas que a voluntad se van imprimiendo en la historia de la humanidad. Por otro lado, La cultura como

opuesto a la naturaleza no sostiene la destrucción de ésta sino su armonía, pues brota de ella misma. Podríamos decir, con ciertos límites, que la cultura es lo natural en lo humano, la expresión de lo humano. La globalización económica y tecnológica trastoca a la globalización cultural porque materia y espíritu son inseparables.

Diciendo que la identidad cultural es el símbolo de la identidad humana es como podemos justificar racionalmente la existencia de la diversidad cultural y ver esta situación de hecho como deseable en sí misma. No obstante, hay que considerar lo difícil que es sostener esta tesis, pues bien podrían justificarse subculturas o contraculturas que estén a favor de la industria cultural en pos de la libertad de expresión; sin embargo, tendríamos que sostener necesariamente una noción de cultura concreta que hasta ahora hemos construido.

Capítulo 4

INTERCULTURALIDAD: DERRUMBE Y CONSTRUCCIÓN DE MONUMENTOS DE LA IDENTIDAD HUMANA

*“Y cómo soportaría yo ser hombre si el hombre
no fuese también poeta, adivinador de enigmas y
el redentor del azar!”
Nietzsche*

En este trabajo de investigación se ha sostenido que la diversidad cultural es deseable porque satisface una necesidad humana indispensable: la expresión de la libertad humana para conformar su propia identidad mediante diferentes tipos de manifestaciones culturales. No obstante, como se trató en el capítulo anterior, los senderos de la identidad pueden conducir a metas totalmente destructivas como la guerra de identidades y la industria cultural que promueve el capitalismo y la globalización, conceptos que condensan una serie de relaciones sociales que están a la base de cualquier conformación comunitaria y por ende, cultural.

Esta necesidad de poseer una identidad cultural es un aspecto intrínsecamente ligado a la condición humana como lo demuestra la historia misma de los pueblos, no obstante, el problema de la pérdida de diversidad cultural es un problema que posiblemente no se resuelve haciendo una teoría que justifique la diversidad como esta investigación me ha mostrado sino haciendo un discurso que la posibilite, por eso, en vez de justificar esta condición de diversidad cultural me dispuse a realizar un discurso que la posibilite mediante la introducción del término identidad. La identidad humana como identidad cultural posibilita que la diversidad sea

defendida bajo ciertos parámetros, es decir, bajo cierta noción de cultura e identidad de ahí su alcance y su límite.

Si se defiende la multiculturalidad con base en la necesidad que experimenta cada ser humano en su condición humana de poseer una identidad propia por medio de la identidad cultural, se deben de dar mínimamente argumentos que favorezcan el crecimiento de lo humano no que lo destruya. El discurso sobre la identidad argumenta precisamente a favor de ese crecimiento del cultivo humano, aunque también puede ser visto otro rostro: el de la guerra de identidades donde lo que se promueve es precisamente la destrucción de lo humano por lo humano, la barbarie.

En este último capítulo pretendo abordar algunos problemas que suscita la defensa de la multiculturalidad desde la trinchera de las perspectivas multiculturalistas que han cobrado fuerza, las cuales son el comunitarismo y el liberalismo.

Abordar estas posturas tiene una doble intención. Por un lado, exponer los límites y alcances que han tenido estas propuestas multiculturalistas no como caminos a seguir sino como perspectivas a cambiar, es decir, que marcando estos límites y alcances puedo insertar mi propuesta como una nueva perspectiva para mejorar el diálogo intercultural sin caer en el individualismo ni en el comunitarismo. Por el otro, pretendo reafirmar la posibilidad de adoptar esta perspectiva de identificar la identidad humana con la identidad cultural para lograr mejores relaciones multiculturales mostrando que no siempre la aplicación de una teoría

multiculturalista lleva a la solución sino a más problemas y que a veces, un simple cambio de perspectiva puede hacer grandes cambios.

Queda claro también, que el hecho de defender la interculturalidad e incluso promoverla conlleva a justificar de alguna manera la construcción y el derrumbe de estos monumentos de la identidad humana llamados culturas lo cual podría parecer contradictorio si se defiende el derecho a la diferencia, sin embargo, no podemos pretender conocer la vida cultural de los *otros* y defenderla sin que esos *otros* propicien cambios reales en nosotros y viceversa, la convivencia aún entre personas de la misma cultura siempre conlleva al intercambio, a conservar la tradición, a renovarla e incluso a abolirla. En este sentido lo que yo propuse fue simplemente una perspectiva que pudiera ayudar a que estas relaciones interculturales no se lleven por el camino de la violencia sino de la reflexión, la tolerancia y la solidaridad pues si concebimos al otro (aquel que no forma parte de mi cultura) como parte de un nosotros (la humanidad) podemos tener otra forma de actuar.

La intención de este capítulo en general es entonces la de plantear esos problemas que suscita defender la diversidad cultural desde propuestas multiculturalistas a manera de una autocrítica de la defensa de la multiculturalidad basados en la identidad humana como identidad cultural pues en la labor filosófica no se trata simplemente de promover modelos a seguir o buscar defensas incluso de lo indefendible sino de ver si la posible solución que proponemos basados en la investigación teórica merece ser puesta en práctica y bajo qué condiciones.

4.1 Liberalismo y comunitarismo: ¿modelos a seguir o perspectivas que cambiar?

El derecho a la diferencia sustentado en la misma condición humana yace en el fondo del discurso de las diferentes propuestas multiculturalistas aunque yace en un abismo donde su realización no se ha visto posible porque, en parte, estas propuestas atienden el problema desde la perspectiva cultural del autor que la propone y quizá a favor de sus propios intereses culturales o de grupo sin mencionar que no son propiamente producto del diálogo intercultural, obviamente este ya es en sí mismo un gran obstáculo que aquí se intenta superar. Por eso mismo, surgen las preguntas: ¿para lograr una verdadera realización del derecho a la diferencia es necesario seguir algún modelo propuesto por el multiculturalismo? ¿los problemas de la alteridad son muestra irrefutable de que este derecho no puede ser realizado? ¿es posible lograr la interculturalidad por otro camino diferente de la violencia?

Para responder a estas interrogantes es necesario analizar al menos algunas de estas propuestas normativas del multiculturalismo desde sus supuestos filosóficos y ver cómo éstos se llevan a la acción y por lo cual sus posturas resultan problemáticas en la construcción de mejores relaciones interculturales.

Cabe señalar que cuando digo “como éstos se llevan a la acción” no me refiero a que los supuestos de estas posturas se encarnen en determinadas acciones como consecuencias necesarias. En todo caso, debo aclarar que desde mi perspectiva estas posturas pueden juzgarse a partir de hechos particulares donde considero pueden rastrearse dichos supuestos filosóficos. Por mi parte y a

diferencia de las posturas multiculturalistas que suponen tomar modelos de sociedad que sirven como guías para las acciones humanas, intenté proponer un cambio de perspectiva en cuanto al reconocimiento efectivo de este derecho a la diferencia.

Sin embargo, debo decir que estas posturas son pruebas de que por lo menos existe la preocupación y una gran labor intelectual detrás de ellas para resolver nuestros conflictos interculturales y humanos lo cual nos marca un camino a seguir para lograr mejores relaciones interculturales.

Esta identificación que he propuesto de identidad cultural como identidad humana en todo caso remite a sostener ese derecho a la diferencia desde un cambio de perspectiva pues la necesidad humana de identidad es precisamente lo que refuerza el derecho a la diferencia y lo hace deseable. Sin embargo, es pertinente hacer este recuento tomando como muestras algunas de las teorías multiculturalistas que han tratado de defender este derecho por múltiples caminos.

4.1.1 El liberalismo

Para fines de este trabajo no podemos detenernos puntualmente con cada propuesta multiculturalista aunque estas sean de suma importancia en el tema de la diversidad cultural. No obstante, dado que no podemos pasar de largo, quiero basarme en la provechosa síntesis de estas posturas que ofrece Salcedo⁶⁵.

⁶⁵Alejandro Salcedo, *Multiculturalismo. Orientaciones filosóficas para una argumentación pluralista*, Plaza y Valdés-ENEP Acatlán, UNAM, México, 2001, pp.55-87

Salcedo rastrea tres autores principales en la postura liberal: Salmerón, Javier Muguerza y Joseph Raz. Al leer la obra de Salcedo es evidente que la razón por la cual han sido catalogados por nuestro autor bajo esta postura es la defensa del derecho a la diferencia centrado en los derechos individuales y en la autonomía, así como la concepción de éste como “agente moral”. Así mismo, podemos rastrear en estos autores, aunque con diferente matiz, ciertas influencias kantianas sobre la universalidad y la autonomía de la razón contenidos en los imperativos categóricos que presuponen validez universal poniendo como ley moral la dignidad del hombre.

Lo interesante es que en todas estas teorías basadas en supuestos universales como el de la dignidad, se centran en los derechos del individuo, por lo tanto, pienso que de entrada están equivocadas pues ¿cómo defender la diversidad cultural si ésta, siendo necesariamente comunitaria, esta vista por estos autores como un posible yugo para la libertad individual? Por un lado, rechazan el relativismo cultural al postular como irrevocable un supuesto universal: la dignidad humana; por el otro, ven el valor del individuo como “agente moral” sin tomar en cuenta que su moralidad se forma en comunidad necesariamente; además niegan el carácter sacrosanto de formas de vida colectivas por creerlas una amenaza para el ejercicio de la libertad individual, lo cual no es necesariamente cierto ni aplicable a cualquier forma de vida colectiva.

Al respecto, Salcedo contrapone otra teoría liberal, la de Raz, quien da un pequeño salto a favor de la vida comunitaria. Raz defiende las formas de vida comunitarias como posibilidades de realización de la libertad individual, es decir,

como medio, traicionando así el imperativo categórico kantiano de ver a la humanidad como un fin en sí mismo que tanto defiende el proyecto liberal. Además, Raz sólo defiende a las comunidades en cuanto éstas, desde la perspectiva liberal, sirvan a “valores verdaderos”, de modo que si no se satisface su idea justifica el intervencionismo de una cultura sobre otra en aras de estos “valores verdaderos” que promueven la libertad individual. En otras palabras, ¡ha llegado aquí la nueva evangelización de América y el mundo: el liberalismo!

4.1.2 El comunitarismo

Como puede verse el liberalismo suscita muchos problemas que obstaculizan aun más el reconocimiento de otras formas de vidas como buenas y valiosas al tener como telón de fondo el universalismo, el individualismo, el etnocentrismo e incluso el paternalismo.

En contraposición a estas teorías surge el comunitarismo que pugna por la defensa de los derechos colectivos y que << (...) aunque liberales y comunitaristas coinciden en aceptar el papel fundamental de las comunidades en la constitución de la identidad personal>>⁶⁶ éstos últimos difieren en cuanto a que la defensa deba centrarse en el individuo.

Salcedo nos dice respecto de Villoro, a quién coloca del lado de los comunitaristas junto con Charles Taylor, que podemos derivar de la máxima kantiana otra máxima, la cual podría condensar el comportamiento ético en el campo de la política: en vez de decir “obra de tal modo que uses a la humanidad,

⁶⁶ *Ibid*, p.66.

tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio” podemos decir: “obra de tal manera que tu acción esté orientada en cada caso por la realización en bienes sociales de valores objetivos”, lo cual presupone cuatro principios básicos en una voluntad ética postulada así: 1) valores objetivos para el bien común fundados en una racionalidad ya no universal sino valorativa, 2) debe estar orientada por la sociedad proyectada como una guía en la acción y no como imperativo, 3) debe fundarse en la realización de bienes sociales, y 4) los valores objetivos, desde un conocimiento personal que deben estar guiados por la prudencia en cada caso.

La propuesta de Villoro me parece suficientemente cabal para tomar el universalismo de las máximas kantianas de una manera pragmática en la política, no obstante, el caso de Taylor resulta un poco problemático ya que, según Salcedo, *la política del reconocimiento* que postula Taylor supone que la lucha por la identidad, que está estrechamente unida a la cultura, se forja dialógicamente con los otros y esto depende del contexto social en el que se desarrolle este diálogo pero aún encontrando un punto común para facilitar esta defensa, la importancia de la comunidad para el desarrollo de la identidad personal, también suele defender que los derechos colectivos no pueden subordinarse a los derechos individuales. Si por un lado, la postura liberal está errada al darle primacía a los derechos individuales olvidando que el carácter de “agente moral” le está dado a los sujetos dentro de la vida comunitaria, la postura comunitarista podría llegar a menoscabar el derecho individual de una persona a decidir sobre sí

misma en aras de los derechos colectivos por lo que explicaré en el ejemplo más adelante.

En pocas palabras, optar por una u otra postura conlleva a serios problemas que dificultan el derecho a la diferencia, pero pasemos a la parte práctica, pongamos un ejemplo donde los derechos colectivos y los derechos individuales entran en conflicto en las legislaciones de una sociedad moderna, sobre todo en una pluricultural.

4.1.3 Balance crítico de ambas posturas

El día 24 de abril de 2010 la Asamblea Legislativa del Distrito Federal cerró la discusión en torno al tema del aborto concluyendo que éste sólo será ilícito a partir de las 12 semanas de embarazo y que el gobierno tiene la obligación de hacer reformas en las instituciones de salud para ofrecer sus servicios a las mujeres que los soliciten, así como también, tienen la obligación de prestar sus servicios informativos sobre salud sexual a estas mujeres. Como vemos este tema es demasiado controversial debido a que involucra vidas no natas y una grave tensión entre creencias religiosas, médicas, políticas, culturales y éticas que difieren entre sí.

En este caso parece ser pertinente decir que en esta toma de decisión se encarnan los supuestos filosóficos del multiculturalismo liberal pues los argumentos a favor de esta legislación rezan que la mujer en su derecho individual sobre su propio cuerpo tiene derecho a decidir sobre él, es decir, tiene derecho a abortar si así lo decide. No obstante, es innegable que esto diluye el derecho de

los hombres a decidir sobre la vida de sus propios hijos, por no mencionar los problemas sociales que genera al interior de una familia y una sociedad una decisión como esta que generalmente se ha reflejado en sexualidad precoz e irresponsable y desapego de los hombres en las responsabilidades en cuanto al embarazo.

Defender los derechos femeninos sin tomar en cuenta la relación implícita entre hombres y mujeres en el tema de la reproducción y la sexualidad ha provocado que el tema del aborto sea vista como una responsabilidad únicamente femenina y se le ha condenado a los hombres a deslindarse de su responsabilidad en el tema de la reproductibilidad, que se supone es un tema de pareja e incluso que involucra a la sociedad entera.

Por otro lado, los supuestos filosóficos del multiculturalismo comunitarista podrían encarnarse en el ya famoso caso de la niña de 13 años llamada Paulina a quien hace unos años le impidieron realizarse un aborto, siendo que ella había sido violada. Aunque en Mexicali, Baja California, en ese entonces ya era legal el aborto bajo estas condiciones, se le negó el servicio retrasándolo por múltiples “fallas” en el sistema legal y médico. La niña fue perseguida por la prensa y la iglesia quienes la incitaban a no abortar mediante un acoso incesante. Pese a las verdaderas razones por las cuáles pasó todo esto y que no son conocidas por mí del todo, podemos admitir que la sociedad en general decidió por ella, pues ahora ella tiene un hijo llamado Isaac. En este caso podemos ver que los derechos de grupo se vieron encarnados en la dolorosa situación de Paulina, pues pese a que la misma ley la amparaba, la sociedad, la iglesia y las instituciones, que son

manejadas por personas con sus propias convicciones al final fue lo que decidió el destino y la vida de esta niña y su hijo, sea por religión o una convicción moral de los médicos, ella no tuvo decisión sobre su situación, prevalecieron las convicciones de la mayoría⁶⁷.

Después de mostrar estos ejemplos es demasiado evidente que estas propuestas deben atender antes que nada la tipología de las naciones multiculturales a la que se le quiera aplicar alguna propuesta multiculturalista ya que muchas de ellas tienen religiones y convicciones culturales muy arraigadas a la mentalidad de las personas y que aplicadas a una sociedad naturalmente no liberal, chocan entre sí y pretender una homogeneización no sólo involucra modificar leyes, como el caso de Paulina lo muestra, el poder que tienen las convicciones culturales a veces son más fuertes que las leyes que tienen la pretensión de aplicar condenas y derechos basados en la universalización de la razón. Por ello propongo que en vez de ver estas teorías como soluciones de *facto* debemos verlas como posibilidades de cambiar nuestra perspectiva acerca de nuestro papel en la sociedad en la que vivimos, que por ser multicultural, a veces resulta ser muy difícil la convivencia y la puesta en marcha de proyectos legales, sociales y políticos, así como también los éticos.

⁶⁷ Estos datos sobre la legislación del aborto y el caso de Paulina fueron tomados del periódico *El Universal* cuyas páginas electrónicas son las siguientes: http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_notas=6152&tabla=cultura y <http://www.abortarenmexico.com/interrupcionlegaldelembarazo-c-8.xhtml>. Cabe señalar que para ciertas afirmaciones que hice sobre las consecuencias de esta nueva legislación del aborto en el D.F. me basé en los propios testimonios que leí en el blog de la página y en una pequeña entrevista que hice de manera anónima con uno de los médicos que atienden en línea a las mujeres que quieren obtener información, por lo cual, debo aclarar que sólo utilice esta información con fines comparativos pues nuestro interés en esta tesis no es abundar en este tema, es solamente un ejemplo desde mi propio criterio que puede llegar a ser muy cuestionable.

Sin embargo, también hay que advertir que este problema se dio en un contexto muy preciso, entre miembros de una ciudad, es decir, al interior de un grupo cultural específico, la sociedad moderna. Si esto pasó entre *nosotros* no puedo siquiera imaginar lo que puede pasar si pensamos en los problemas interculturales más grandes sería ingenuo pensar que no habría esta clase de problemas si tomamos en cuenta que México tiene infinidad de culturas que frente al tema del aborto obviamente van a diferir entre sí. Supongo que esta tensión es insuperable, nunca pensaremos igual, lo que sí podemos hacer es establecer un diálogo intercultural abierto desde todos los estratos sociales quizá así podamos traspasar las fronteras de la violencia.

CONSIDERACIONES FINALES

*Lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad=realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste, es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en lo otro: en “la esencial Heterogeneidad del ser”, como si dijéramos en la incurable otredad que padece lo uno.
Antonio Machado*

En este trabajo se pretendió dar respuesta a preguntas que en su condición son insondables. Justificar la diversidad cultural apelando a la satisfacción humana de la identidad es en realidad un punto de partida para una seria investigación acerca de la cultura como parte fundamental e imprescindible de la identidad humana. Sin embargo, era realmente importante hacer este tipo de equiparación conceptual (identidad humana – identidad cultural) para poder arribar a este terreno escabroso que es el del multiculturalismo como propuestas normativas para la integración de grupos minoritarios desde conceptos básicos que a menudo se confunden o se generalizan de una forma inadecuada.

Pienso que apelando a una reconstrucción de estos términos básicos y enfocando esta investigación a los estratos más comunes de la sociedad podemos quizá empezar a repensar si nuestras teorías, como estudiosos de la filosofía, en cuanto al estado de multiculturalidad de nuestro país son en verdad pertinentes y si no estamos sacrificando en pos de la integración nacional aquello que está en juego: la identidad cultural, y por ende, nuestra propia identidad como seres humanos.

Esta distinción y equiparación de identidad cultural con identidad humana no es superflua, en sí misma es una justificación suficientemente racional y válida para procurar no destruir la diversidad cultural. Por otro lado, también nos aparece como una especie de criterio evaluativo para nuestros productos culturales ya que podemos ver en ellos símbolos que reflejan nuestra identidad y por ello, nos sirven como espejo de nuestras propias acciones en el mundo circundante. Vemos las causas, las consecuencias y nuestros anhelos desde fuera de nosotros mismos y por ello es una invitación constante a la reflexión. Por ello, la cultura, siendo producto del ejercicio de la libertad humana es la manifestación y el desarrollo histórico de esa identidad humana.

Podemos objetar al respecto de lo anterior que la historia también es testigo de sangrientas guerras de identidades que han tenido lugar por la defensa e imposición de una identidad cultural sobre otra. La conquista de un pueblo sobre otro no sólo se da por intereses territoriales o económicos, esto sería reducir las guerras humanas a guerras animales determinadas en su totalidad por nuestra condición natural. En el ser humano, la guerra o la conquista es una posibilidad de sobrevivir biológicamente no sólo como especie sino como ser cultural, es decir sobrevivir humanamente en su propia humanidad. Las conquistas se convierten entonces, en guerras por imponer y engrandecer la propia identidad cultural.

La pregunta que estamos forzados a hacernos con un sabor amargo en la boca es: ¿si realmente es justificable o deseable la guerra entre identidades culturales? Quizá en tiempos remotos en nuestra condición primitiva diríamos que sí, pero en nuestros días donde la capacidad racional del ser humano se ha sofisticado tanto

como para realizar leyes y acuerdos entre sí, afirmarlo sería asesinar el pasado histórico de la humanidad misma, sería un retroceso a la barbarie y con ello a la aniquilación de la grandeza de la identidad humana tal como la hemos conocido.

Esta destrucción entre identidades culturales resulta asombrosamente paradójica e incluso irracional pues lo que más nos une como humanidad, lo más humano, la expresión cultural, posibilita aún más nuestro propio aniquilamiento. Lo humano sólo se construye para destruirse a sí mismo.

La importancia de lo simbólico en la investigación de la cultura y en general en todo lo humano, ha adquirido gran atención por parte de los filósofos contemporáneos como Nietzsche hasta nuestros días aunque, como él afirma en un breve ensayo titulado *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* lo simbólico y la capacidad de lenguaje y de intelecto forman parte de la condición biológica de la especie humana como su medio de supervivencia⁶⁸. También podemos afirmar que el lenguaje, lo que posibilita la existencia de lo simbólico, es lo que permite subsistir al ser humano en su humanidad y construir nuevas maneras de conservar su identidad no necesariamente por el camino de la destrucción de su identidad.

La guerra por la subsistencia en el ser humano, entonces, alcanza un matiz demasiado humano: la guerra de identidades. Ya no se trata de sobrevivir por sobrevivir, sino de sobrevivir destruyendo.

Defender la diversidad cultural desde la propuesta de un cambio de perspectiva identificando la identidad humana con la identidad cultural no puede

⁶⁸ Cfr. F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1994

ser más que un supuesto pero pese a ello puede llegar a ser muy provechoso actuar bajo este supuesto. La identidad cultural bien puede funcionar como un valor que rige una serie de acciones a llevar a cabo por los seres humanos, no obstante, la intención de esta tesis no fue plantear esta identidad cultural como un valor propiamente sino como un cambio de perspectiva intentando construir estos términos de identidad y cultura sobre bases sólidas aunque bien puede vislumbrarse una proyección de este supuesto como un valor universalizable.

No obstante, queda una advertencia aún: se ha hablado de defensa de la diversidad cultural e incluso hemos aceptado múltiples justificaciones, pero pienso que tal vez hemos sido ingenuos al preguntarnos el porqué de su existencia, quizá sería más productivo preguntarnos porqué su destrucción tal vez así veamos de manera un poco más clara las intenciones de las personas que destruyen esta diversidad tan única y maravillosa que tanto trabajo ha costado construir y preservar.

El problema de la pérdida de diversidad cultural es un problema que no se resuelve haciendo una teoría que justifique la diversidad como esta investigación ha mostrado sino haciendo un discurso que la posibilite, teniendo en cuenta que la cultura como forma de convivencia humana y como elemento humano de autoconservación de la especie, se diversifica, es decir, no existe un solo tipo de cultura pues el instinto de autoconservación del ser humano no radica en atarse a la vida por la vida misma sino en atarse a la libertad de vivir.

Pero atarse a la libertad de vivir nos responsabiliza de nuestra propia vida, de la creación de nuestro propio mundo humano y nos responsabiliza también de

nuestro propio aniquilamiento. La destrucción cultural es un mal humano demasiado humano.

En la creación de nuestro mundo humano, la cultura, debemos tomar partido de manera crítica y racional. No por conservar nuestra identidad cultural debemos imponerla a los otros y destruir otras culturas que pueden resultar ser igual o incluso más valiosa que la nuestra. Por el contrario, el desarrollo cultural, debe culminar en una sana convivencia intercultural, en la pluralidad de culturas. Pero como bien apunta Villoro <<El problema principal de una pluralidad de culturas es la dificultad de su reconocimiento recíproco>>⁶⁹ y más aún, las condiciones en las que se da este reconocimiento.

El reconocimiento recíproco es deseable para el engrandecimiento de lo humano. Sólo así se logra erigir verdaderos monumentos vivientes de identidad humana no demasiado humana como diría Nietzsche.

La erección de estos monumentos debe hacerse con plena conciencia del reconocimiento de la diferencia y sus implicaciones no para destruir sino para valorar la identidad humana: la diversificación cultural. El lenguaje juega un papel muy importante en el reconocimiento recíproco pues sólo este es capaz de adquirir un nivel de humanidad tan grande que es capaz de erradicar la destrucción de un pueblo sobre otro, aunque la historia nos muestre que también posibilita esta destrucción recíproca.

Hay que tomar en cuenta también que <<El lenguaje sólo existe por el otro, no sólo porque uno siempre se dirige a alguien sino también en la medida en que

⁶⁹ Luis Villoro, *Estado plural, pluralidad de culturas*, Paidós, México, 1998, p.155

permite evocar al tercero ausente (...)»⁷⁰ este tercero ausente es la posibilidad de la creación de nuevas formas de vida humana, donde debería ser posible la evolución no el retroceso a la barbarie. La pérdida y desvalorización de la diversidad cultural ha llevado a un estado de destrucción “humanizada” donde la cultura se confunde con su concepto contrario: la barbarie. La cultura como opuesta a la barbarie, se ha convertido en una simple añoranza.

En conclusión, el ser humano construye verdaderos monumentos de su identidad humana mediante el desarrollo cultural, pero estos monumentos pueden servir para sepultar nuestra propia humanidad. Es decir, en el combate contra monstruos, como podría ser la homogenización cultural se debe tener cuidado de no convertirse también en monstruo. No obstante, hemos hablado demasiado, hemos hecho demasiadas teorías al margen de la observación directa de los hechos y parece que nos hemos refugiado por mucho tiempo en nuestros recovecos teóricos por lo que es pertinente ahora ceder la palabra a nuestras comunidades rurales e indígenas, conocerlas mejor mediante un acercamiento efectivo, claro si es que de verdad concebimos en el interior de nuestro ser el respeto a la diferencia, sólo así podremos construir y preservar identidades culturales que pueden ser buenas y valiosas aunque al final de este diálogo intercultural para reconstruir nuestra identidad humana tengamos que abolir nuestro propio monumento cultural al cual rinde tributo nuestra existencia recordando que desde nuestra problemática inicial, la crisis de los estados modernos y las luchas por el reconocimiento de la diversidad cultural se pone al

⁷⁰ Tzvetan Todorov, *La conquista de América*, Siglo XXI, México, 1987, p.170

descubierto la más apremiante de las necesidades humanas: la identidad. La cultura aparece entonces como una piedra angular para la satisfacción de esta necesidad, ya que conforma dos dimensiones que atraviesan la vida humana en su condición de ser individual y como ser social. La identidad pues satisface una necesidad individual que es a la vez formada en sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno y Horkheimer, "La industria cultural. Ilustración como engaño de masas" en *Dialéctica de la ilustración*, Trota, Madrid, 1994.

Benhabib, Seyla, *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*, Katz editores, Buenos Aires, 2006.

Benjamin, Walter, *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*, Itaca, México, 2003.

Bolívar Echeverría, *Definición de la cultura*, Itaca, México, 2001.

_____, "Malintzin, la lengua" en Margo Glantz, *La malinche, sus padres y sus hijos*, Taurus, México, 2001

Casas Pérez, Ma. De la Luz, "La otra piel de la cultura: comunicación e identidad en el nuevo milenio" en Béjar N. Y Rosales H. (coords), *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas*, UNAM/CRIM, México, 2005

Castells Manuel, *La era de la información. El poder de la identidad*, vol II, Ed. S. XXI, México, 2000.

Diccionario de la lengua española, Tomo IV, 22edición, Espasa, Barcelona, 2001.

Ferrater Mora, José: *Diccionario de filosofía Tomo I*, Alianza, Madrid, 1979.

Mohanty, J.N. "Capas de la yoidad" en Olivé León y Salmerón Fernando (eds.) en *La identidad personal y colectiva*, México, UNAM, 1994.

Nicol, Eduardo. *Metafísica de la expresión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

Nietzsche, Friedrich, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1994

Olivé, León, *Multiculturalismo y pluralismo*. Paidós, México, 1999

Salcedo Aquino, J. Alejandro, *Cultura, paradigmas y significados*. UNAM, México, 2004

_____, *Multiculturalismo, orientaciones filosóficas para una argumentación pluralista*.

_____, *Tradiciones democráticas en conflicto y multiculturalismo*. UNAM, México, 2007

Taylor, Charles, *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona, 1994.

_____, *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Todorov, Tzvetan, *La conquista de América: el problema del otro*, Siglo XXI, México, 1987

_____, *Nosotros y los otros*, Siglo XXI, México, 1989

Villoro, Luis. *Estado plural, pluralidad de culturas*, Paidós, México, 1999.

_____, "Sobre la identidad de los pueblos" en Olivé León y Salmerón Fernando (eds.), en *La identidad personal y la colectiva*, UNAM, México, 1994.

White, Leslie, "El concepto de cultura" en Khan, J.S., *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Anagrama, Barcelona, 1975.